

REDENCIÓN

La gracia y la verdad vinieron por medio de
Jesucristo

www.ElCristianismoPrimitivo.com

Leland M. Haines

Literatura Monte Sion

Copyright 2004 by Leland M. Haines, Goshen, Indiana USA
All rights reserved

Escrito por Leland M. Haines
Goshen, IN, USA
Versión española de Richard del Cristo
Revisado por
James Roth
Marcos Ochoa
Renato Michel Ochoa
Daniel Huber

El escritor es autor de *Christian Evidence* (Documentos cristianos), *How We Know the Bible Is God's Revelation* (Cómo saber si la Biblia es la revelación de Dios), *Authority of Scripture*, (La autoridad de las escrituras), *Redemption Realized Through Christ* (Redención) y *Biblical Concept of the Church* (El concepto bíblico de la iglesia).

Disponible por: Literatura Monte Sion
P.O. Box 37
Clarkrange, TN. 38553

E-mail: mzlministry@volfirst.net

Contenido

1. La gracia de Dios vence al pecado.....	3
El problema del pecado.....	3
El amor de Dios	4
Jesús predicó el arrepentimiento.....	5
Jesús predicó la fe en él	6
Jesús predicó el reino de Dios.....	7
Jesús predicó el nuevo nacimiento.....	8
Jesús predicó el discipulado.....	9
Jesucristo: El único camino	14
El señorío de Cristo.....	15
Sus grandes milagros	16
2. Cristo y las escrituras	18
Introducción:	18
El criterio de Cristo examinado	18
Jesús y los antecedentes históricos de las escrituras.....	20
Jesús y las profecías	23
Jesús y el Antiguo Testamento	25
3. Cristo el redentor.....	26
La muerte de Cristo.....	26
La resurrección	30
La muerte de Cristo produjo sufrimiento.....	31
El sacrificio	32
Los sufrimientos de Cristo	35
La teología del sacrificio de Cristo	38
Jesús venció a Satanás para que seamos vencedores	43
4. Jesús y la palabra escrita.....	45
Introducción	45
La palabra escrita	45
Jesús inspira a sus apóstoles a que escriban.....	47
De la tradición oral a la palabra escrita.....	49
5. Jesús instruye a través de sus apóstoles	52

La gracia.....	52
El arrepentimiento.....	54
La fe	56
El nuevo nacimiento	58
El discipulado.....	60
El arrepentimiento, la fe, el nuevo nacimiento y el discipulado.....	62
6. La voluntad de Dios y su palabra escrita	64
La voluntad de Dios para el cristiano	64
La Biblia.....	64
Resumen.....	67
7. Ven y sigue	68
Lee la Biblia.....	68

1. La gracia de Dios vence al pecado

El problema del pecado

En Génesis, el primer libro de la Biblia, se nos cuenta la historia de la creación y la caída del género humano. Allí se nos dice que “...dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree ... sobre la tierra. Y creó Dios al hombre¹ a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1.26-27). Las palabras “imagen” y “semejanza” no necesariamente tienen distintos significados. En hebreo, a menudo se usa la repetición para aclarar o ampliar el significado de aquello a lo cual se refiere.

El hecho de que el hombre haya sido creado a imagen y semejanza de Dios no quiere decir que sea una copia exacta de su Hacedor. Esto lo sabemos porque: “Jehová, Dios formó al hombre del polvo de la tierra” (Génesis 2.7). Los hombres fueron creados “a la semejanza de Dios” (Santiago 3.9). El hombre fue hecho, de manera marcada, diferente a las demás criaturas, porque Dios “...sopló en su nariz (la del hombre) aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2.7).

Esto le dio al hombre una naturaleza y lugar especiales en la creación. (Véase Génesis 1.26-28; 5.1; 9.6; 1 Corintios 11.7; Santiago 3.9). Al ser creado a imagen y semejanza de Dios y teniendo un alma, nosotros podemos concluir que el hombre está dotado de una naturaleza espiritual, un intelecto único y el poder de razonar. Y así como Dios es justo (véase Salmo 7.9; 11.7; 116.5; Juan 17.25; 2 Timoteo 4.8; 1 Juan 2.1) y santo (véase Éxodo 15.11; Levítico 19.2; 20.26; 21.8; Josué 24.19; Salmo 99.9; 145.21; Isaías 6.3; Efesios 4.24; 1 Pedro 1.16; Apocalipsis 4.8; 6.10; 15.4; etc.), el primer hombre y la primera mujer vivieron en un ambiente perfecto y libre del conocimiento del mal. Ellos entendían la voluntad de Dios y tenían una disposición natural para hacerla. Así como Dios es un ser moral y aprueba lo bueno y aborrece lo malo (véase Deuteronomio 16.22; Salmo 5.5; 11.5; Isaías 1.14), de igual modo, el hombre es un ser moral capaz de escoger entre las opciones morales.

¹ El término hombre tiene dos significados: Uno se refiere al hombre mismo y el otro se refiere al género humano (tanto al hombre como a la mujer). El término usado en este libro es al que se refiere este versículo para referirse tanto al hombre como a la mujer.

El hombre no fue creado como un títere. De manera que para que el libre albedrío del ser humano tuviera sentido, Dios le dio el derecho de escoger entre el bien y el mal en el huerto del Edén. Allí el hombre podía vivir por medio de una fe sencilla en la palabra de Dios, la cual consistía en aquel momento en no comer del “árbol de la ciencia del bien y del mal” (Génesis 2.17). Esta opción nos da a entender que ya el mal existía en el mundo, pero que el hombre, por naturaleza, no tenía conocimiento de ello. Sin embargo, Satanás, un ángel caído a causa de su orgullo, retó a la mujer a que reconsiderara el mandamiento de Dios. Al hacerlo, ella notó que era un “árbol bueno para comer” (Génesis 3.6), agradable a los ojos y codiciable para alcanzar la sabiduría, de modo que ella “... tomó de su fruto y comió”. Ella compartió del mismo fruto con su esposo, quien también comió. Entonces al dudar de la palabra de Dios, el hombre escogió desobedecerle (véase Génesis 2-3).

La desobediencia del hombre a la palabra de Dios resultó en su caída. Así fue como él se convirtió en un pecador y recibió una naturaleza depravada (véase Génesis 6.5; Romanos 5.12, 14, 18-19; 1 Corintios 15.21-22; 1 Timoteo 6.5). Una de las consecuencias inmediatas de la caída fue la separación del hombre de Dios (véase Salmo 5.4; Isaías 59.2; Habacuc 1.13; Romanos 8.7-8). Dios es santo por naturaleza (el más mencionado de todos los atributos de Dios) y, por tanto, él no tolera el pecado. El pecado produjo una brecha entre nuestro Dios santo y el hombre pecaminoso y caído.

El amor de Dios

Ya que Dios es un Dios de amor fue así que él proveyó el camino a la redención. Después del primer pecado del hombre, Dios prometió que la simiente de la mujer aplastaría el poder de Satanás, haciendo así posible la restauración de la relación entre Dios y el hombre (véase Génesis 3.15). Para hacerlo, Dios escogió a Abraham y a sus descendientes a fin de que prepararan al hombre para la venida del Redentor, Jesucristo. Después de lo que sucedió en Caldea, Dios hizo un pacto con Abraham (véase Génesis 15.7-17). Al pasar por la sangre, por entre los cuerpos muertos y sangrientos de los animales, ambas partes prometieron guardar sus promesas. Y de no hacerlo, al que no cumpliera le costaría su sangre. Este pacto entre Dios y Abraham fue hecho cuando se vio una “vasija con fuego humeando” con brasas encendidas (véase Génesis 15.17; 19.28; Éxodo 19.18; Hebreos 12.29) y una “antorcha de fuego” (véase Génesis 15.17; Éxodo 3.2-4; 2 Samuel 21.17; 22.7, 9, 29; 1 Reyes 11.36; 15.4; Salmo 27.1; 132.17; Isaías 62.1) que pasó por entre los animales divididos.

La vasija con fuego humeando representaba a Dios y la antorcha encendida a Jesucristo, la luz del mundo. Entonces Dios hizo la función de ambas partes en el pacto. Si Abraham se hubiera representado a sí mismo y luego sus descendientes hubieran violado el pacto, les habría costado la sangre de ellos. Pero siendo Dios ambas partes entonces sólo costaría la sangre (es decir, la vida) de su Hijo, si los descendientes de Abraham fallaban. Y como veremos más adelante, al Hijo le costó su sangre (véase Marcos 14.24; Lucas 22.20; Juan 6.53-56; 19.34, etc.).

Al principio de su evangelio, Juan escribe: “Y aquel Verbo [Jesús] fue hecho carne, y habitó entre nosotros ... lleno de gracia y de verdad. ... de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1.14, 16-17). Y aunque los judíos eran el pueblo escogido, a través de su historia ellos aprendieron que lo único que podían hacer era estar indecisos entre el bien y el mal. Ellos necesitaban algo que sobrepasara a la ley para poder llegar a ser buenos; ellos necesitaban una nueva naturaleza. “Cuando vino el cumplimiento del tiempo”, Dios envió a su Hijo como el Hombre perfecto para redimir al hombre caído (véase Gálatas 4.4). Cuando Jesús tuvo unos treinta años, él comenzó su ministerio para establecer un camino nuevo de manera que Dios tratara con el hombre. Por medio de su muerte, él llegó a ser “...el Mediador de un nuevo pacto” (véase Hebreos 12.24; 8.8, 13; Lucas 16.16; Romanos 10.4), “...lleno de gracia y verdad” (Juan 1.17; 1 Pedro 1.10; 2 Timoteo 2.1).

Ahora veamos algunas de las enseñanzas de Jesús de manera más detallada:

Jesús predicó el arrepentimiento

Al principio de su ministerio, Jesús predicó: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 4.17). Él también predicó: “...el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio” (Marcos 1.15). Luego, al responderles a los fariseos, él dijo: “Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (véase Lucas 5.31-32; Mateo 9.12-13; Marcos 2.17). Cuando a Jesús le preguntaron que si los galileos que habían sufrido bajo la mano de Pilato “eran más pecadores que todos los galileos”, él les respondió: “Os digo: No; antes, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente (Lucas 13.2-3).

En respuesta a la acusación que los fariseos le hicieron a Jesús de comer con los pecadores, él les dijo que así habría “más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no

necesitan de arrepentimiento” (Lucas 15.7). Allí también les dijo que “los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque a la predicación de Jonás se arrepintieron, y he aquí más que Jonás en este lugar” (Mateo 12.41; Lucas 11.32). Jesús advirtió a las ciudades donde había hecho “muchos milagros”, diciendo: “¡Ay de ti Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza” (Mateo 11.21; Lucas 10.13).

En una de sus parábolas, Jesús habló de dos hijos a los que su padre les había pedido que trabajasen en una viña. Uno respondió: “No quiero; pero después, arrepentido, fue” (Mateo 21.29). El otro hijo dijo que iría, pero no fue. Lo que en verdad valía no era la promesa de ir a trabajar, sino, más bien, hacer el trabajo. El arrepentimiento produce un cambio de parecer y conducta. Esta parábola fue dirigida a los principales sacerdotes y a los ancianos como una advertencia de que los gentiles estaban alcanzando la salvación mientras ellos la rechazaban. A la vez, la misma muestra la naturaleza general del arrepentimiento.

Esta parábola confirma lo que Juan el Bautista le dijo a las multitudes: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (Lucas 3.8; Mateo 3.8). La palabra “fruto” es un término en sentido figurado que se refiere a las buenas obras, es decir, obedecer la voluntad de Dios. Así como los frutos son el producto de un árbol frutal, las buenas obras son el resultado natural del arrepentimiento. Juan le dijo a sus oyentes: “...todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego” (Lucas 3.9).

En resumen, el arrepentimiento incluye tanto un cambio de pensar en Jesucristo como también obedecer sus mandamientos.

Jesús predicó la fe en él

Jesucristo predicó: “Creed en el evangelio” (Marcos 1.15). Las siguientes escrituras nos muestran que Jesús unió la vida eterna con la fe y el creer. Cuando bajaron al paralítico por el techo para que fuese sanado, “al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados” (Marcos 2.5; Lucas 5.20). En la parábola del sembrador, Jesús explicó que la semilla, que era la palabra de Dios y que cayó junto al camino y fue hollada, quería decir que el diablo quitó “de su corazón la palabra, para que no crean y se salven” (Lucas 8.12). Jesús le dijo a sus discípulos que le dijeran a la gente: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Marcos 16.16).

Jesús le dijo a Nicodemo que era “...para que todo aquel que en él [en Cristo, el Hijo del Hombre] cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3.15-18). Él le dijo a los judíos: “El que oye mi palabra, y cree al

que me envió, tiene vida eterna” (Juan 5.24). En su discurso sobre el pan de vida, Jesús dijo: “El que cree en mí, tiene vida eterna” (Juan 6.47). En la Fiesta de la Dedicación, algunos judíos le preguntaron a Jesús que si él era el Cristo. Él les respondió: “Os lo he dicho, y no creéis...pero vosotros no creéis, porque no soís de mis ovejas” (Juan 10.25- 26). Y entonces, les explicó: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna” (Juan 10. 27- 28).

Después de la muerte de Lázaro, Jesús le dijo a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11.25-26). Jesús le dijo a dos de sus discípulos: “...creed en la luz [Cristo Jesús], para que seáis hijos de luz. El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió. Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (Juan 12.36, 44, 46). En su última pascua, Jesús dijo: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí...Yo soy el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14.1, 6). Estas escrituras muestran que la relación entre la fe y la vida eterna fue un punto clave en los mensajes de Jesús.

Jesús predicó el reino de Dios

Al principio de su ministerio, mientras pasaba por Samaria, “Jesús vino a Galilea, predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1.14- 15; Mateo 4.23-25). A través de todo su ministerio, Jesús explicó lo que Dios requería del hombre. Un punto clave de su mensaje fue la predicación del reino de Dios. Los judíos sabían que Dios deseaba reinar sobre su pueblo; sin embargo, ellos pensaban que Dios se refería a una soberanía política. Ellos no entendieron la naturaleza espiritual del reino, lo cual significa que Dios reina en los corazones de aquellos que por gracia siguen al Mesías.

Desde el principio de su ministerio, Jesús enseñó sobre el significado del reino. En la oración modelo del Señor, Jesús les enseñó a sus discípulos a orar: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6.10; Lucas 11.2). Esto refleja las enseñanzas de Cristo (y de Juan) desde el principio de su ministerio que “el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 4.17; Mateo 3.2). Esta petición es para que el reino de Dios en la tierra viniera a aquellos lugares donde la voluntad de Dios sería hecha.

Lo dicho anteriormente es la manera en la que Dios definió al reino de los cielos. Él utilizó parábolas (historias de la vida en sentido figurado) para luego enseñar acerca de cómo es el reino. Es como semilla

esparcida que puede ser arrebatada, obstruída por las malas hierbas o que puede crecer hasta madurar para producir una cosecha (véase Mateo 13.3-9, 18-30, 36-43; Marcos 4.3-20; Lucas 8.4-15). El reino de Dios coexiste con el mal y con el maligno, el diablo.

El reino, como un grano de mostaza (véase Mateo 13.31-32; Marcos 4.30-32) y como la levadura, crece de algo pequeño hasta que llega a ser algo grande en todo el mundo (véase Mateo 13.33; Lucas 13.20-21). El reino es también como un tesoro escondido en un campo (véase Mateo 13.44) y como una perla de gran precio (véase Mateo 13.45), merecedora de todo el esfuerzo que se pueda hacer para obtenerla. Esto no quiere decir que la entrada al reino se pueda ganar, sino que el que busca entrar debe arrepentirse, creer y por gracia seguir a Jesús sin reservas. El reino es como una red de pescar que recoge lo mismo peces buenos y malos y, al final, los peces malos son echados afuera (véase Mateo 13.47-50). Sólo al final los santos, seguidores de Cristo, serán separados de los impíos. En resumen, el reino de los cielos existirá con el mal, pero el “...Señor, santo y verdadero...” hará justicia (véase Apocalipsis 6.10; 1 Timoteo 6.15; Hechos 4.24). En ese tiempo, los hijos del Rey vivirán en un reino glorioso, separados de todo mal.

Jesús predicó el nuevo nacimiento

La gracia regeneradora de Dios y la obra del Espíritu Santo produjeron el “nuevo nacimiento”. Este cambio radical en hombres y mujeres los capacita para que se sometan a su Rey y para que hagan su voluntad. Cuando Nicodemo, un principal entre los judíos, vino a Jesús, le dijo: “...sabemos que has venido de Dios como maestro” (Juan 3.2). Enseguida, Jesús le respondió con una declaración profunda: “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3.3). El término griego que se traduce “nacer de nuevo” lleva el significado de “nacer de arriba”. No hay dudas que semejante declaración provino de Dios. Nicodemo, totalmente confundido, le preguntó a Jesús: “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: ...el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Juan 3.6).²

² El significado de “ser nacido de agua”, al parecer se refiere al tema que se está tratando –el reino. Ya que Juan el Bautista unió el arrepentimiento y la preparación para entrar al reino con el bautismo con agua, indudablemente, Jesús tuvo esto en mente. Después de todo, hasta el Rey mismo fue bautizado, no como un acto de arrepentimiento, sino como una señal de su identificación con las personas preparadas y el reino (nota personal de Richard Polcyn, 1999).

Jesús prosiguió diciéndole a Nicodemo que no se maravillara porque le había dicho: “Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquél que es nacido del Espíritu” (Juan 3.7-8; Gálatas 4.29; 1 Pedro 1.23; Tito 3.5). El “nacer de nuevo” es un misterio, al igual que el viento mismo es un misterio. De una forma milagrosa, el Espíritu Santo opera en el alma, impactando la voluntad, deseos y valores de las personas y dándoles*** a sus vidas una nueva dirección. La persona cambia su inclinación natural de rebelarse contra Dios por un ardiente deseo de obedecer a Dios.

La mente humana no puede entender cómo esto sucede, ni qué combinación hay entre la obra del Espíritu Santo, la verdad y el intelecto. Sin embargo, entendemos que el resultado de todo esto produce un efecto claramente visible en la vida de cada individuo. Jesús también dijo que: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6.63; 2 Corintios 3.6). El Espíritu Santo y la palabra de Dios producen el nacimiento de un nuevo hombre espiritual en el creyente. Los resultados del nuevo nacimiento los podemos ver en la parábola del sembrador. Es la parte de la semilla que “calló en buena tierra, y dio fruto, cual a ciento, cual a sesenta, y cual a treinta por uno” (Mateo 13.8). Jesús explicó que “el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno” (Mateo 13.23). Los que escuchan el evangelio y lo entienden pueden experimentar un nuevo nacimiento capaz de inducirlos a producir buenos frutos y hacer la voluntad de Dios.

Los hombres deben experimentar un cambio radical. Esto lo notamos en la declaración que hizo Jesús, cuando dijo: “...si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 18.3). Uno debe convertirse (en griego: “dar la vuelta”) y ser como un niño, es decir, humilde (véase Mateo 18.4), con una voluntad de aprender. Tal persona, al igual que los niños, se alimentará de la palabra de Dios y crecerá en las enseñanzas bíblicas (véase 1 Pedro 2.2).

Jesús predicó el discipulado

A través de todo su ministerio, Jesús invitó a los hombres a que fueran sus discípulos. Un discípulo es un principiante, un estudiante, un seguidor, un aprendiz, un prosélito, etc. Los cuatro evangelios contienen muchas enseñanzas que se enfocan en el discipulado.

Cuando Cristo le dijo a Pedro: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres”, hubo una acción rápidamente. La Biblia dice: “Ellos, entonces, dejando al instante las redes, le siguieron”. Luego,

Jesús vio a dos hermanos, Santiago y Juan, remendando redes y a quienes también llamó. “Y ellos, dejando al instante a su barca y a su padre, le siguieron” (Mateo 4.19-22; Marcos 1.16-20; Juan 1.43). El verbo en griego usado aquí para “seguir” significa “ser un seguidor de Cristo para toda la vida”. Jesús utilizó este término muchas veces (véase Mateo 8.22; 9.9; 10.38; 16.24; 19.21, 28; Marcos 2.14; 8.34; 10.21; Lucas 5.11; 9.23, 59-62; 18.22; Juan 10.4, 27; 12.26; 21.19, 22; 1 Pedro 2.21).

Mateo demuestra qué tipo de respuesta buscaba Jesús. Siendo un cobrador de impuestos, él estaba sentado en su negocio cuando Jesús le dijo: “Sígueme, y se levantó y le siguió” (Mateo 9.9; Marcos 2.14; Lucas 5.27-28). Mateo, uno de los “publicanos y pecadores” (Mateo 9.11), se arrepintió, cambió su vida y se convirtió en un fiel discípulo. El llamado a seguir resultó en una respuesta voluntaria y en una acción inmediata.

Mateo escribió que, después del Sermón del Monte, grandes multitudes siguieron a Jesús. Después, para apartarse de ellos, él decidió cruzar al otro lado del mar de Galilea. Dos vinieron a él diciéndole que le seguirían (véase Mateo 8.18-22). En su sección especial (véase Lucas 9.51-18.14), Lucas escribió que cuando no quisieron recibir a Jesús en una aldea samaritana, ellos se dirigieron a Jerusalén. Y Lucas sigue diciendo que mientras ellos viajaban tres personas decidieron seguirle (véase Lucas 9.57-62). Aunque este no fuera el mismo incidente, los primeros dos hombres de ambos evangelios hicieron declaraciones similares.

Cuando la primera persona se acercó a Jesús, enseguida dijo: “Señor, te seguiré a donde quiera que vayas” (Lucas 9.57; Mateo 8.19). Lucas identifica a esta persona simplemente como un hombre, pero Mateo dice que él era un escriba. Entonces, él debió haber sido una persona muy erudita y, de seguro, sabía algo sobre las enseñanzas de Cristo. La introducción de Mateo de la segunda persona, “otro de sus discípulos”, indica que él era un discípulo. Su rápida disposición pudo haber sido una respuesta impulsiva debido a que conocía a Jesús. La respuesta de Jesús fue que considerara el costo: “Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza” (Lucas 9.57; Mateo 8.20). Jesús no tenía hogar y esto debió haber contribuido al hecho de que él era “varón de dolores”. El seguirlo podría ser costoso y todo hombre debe pensarlo bien antes de hacerlo.

El segundo hombre, identificado por Mateo como un discípulo (véase Mateo 8.21), aceptó el llamado de seguir a Jesús. Sin embargo, él primero quería hacer algo aparentemente razonable: “Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre” (Lucas 9.59). Como discípulo, él conocía las enseñanzas de Jesús, sin embargo, él pensaba que podría hacer esto primero y seguirle más tarde. Jesús respondió: “Deja que los

muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios” (Lucas 9.60). Había algo más importante que hacer. Jesús llamó a este discípulo a servir en la predicación. Ya que Mateo relató esta historia poco antes de que los setenta fuesen enviados y regresaran de predicar (véase Mateo 10), esto da la idea que el llamado a predicar estaba tanto en la mente de Mateo como en la de Lucas. Este servicio a Dios y a los hombres debe ser cumplido sin dilación alguna.

Lucas escribió acerca de una tercera persona que también pidió una dilación: “Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa” (Lucas 9.61). A este aspirante a discípulo se le dijo que nada debía interferir entre él y seguir al Señor. Además, Jesús dijo: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lucas 9.62). Aquí vemos a otro que quería seguir a Jesús, pero que todavía no estaba listo para ello. Su dilación pareció ser razonable, pero a la vez incluía el peligro de que sus familiares influyeran en él para que hiciera lo contrario (véase Mateo 10.37).

El discipulado es un camino difícil y nadie debe mirar atrás después de tomar la cruz. Cuando Jesús envió a sus doce discípulos a predicar “el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 10.7) y a hacer las obras que él estaba haciendo, él les dio instrucciones con relación al discipulado. Los discípulos serían como “ovejas en medio de lobos” (Mateo 10.16) y debían esperar oposición y persecución. Esto ilustra la regla general de que “el discípulo no es más que su maestro” (Mateo 10.24). En este caso, los discípulos podrían recibir el mismo trato que su Maestro estaba recibiendo.

Entonces, Jesús les dijo: “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada” (Mateo 10.34). Puede que para edificar el reino haya conflicto y que no recibamos enseguida la paz que esperamos (véase Isaías 9.2-6). Las palabras “en tierra” se refieren a todo hombre en general. La falta de paz es el resultado de que hay hombres que no responden al llamado de seguir a Jesús. Y la oposición puede tener lugar aún en sus mismas casas (véase Mateo 10.35-36). Luego, Jesús explica dos principios: “El que ama a [cualquier miembro de su familia]...más que a mí, no es digno de mí...y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí” (Mateo 10.37-38).

En otra ocasión, cuando grandes multitudes seguían a Jesús, él les dio un mensaje similar. Es necesario “aborrecer” a los familiares y hasta la propia vida de uno. “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14.26; 12.51-53). Estas palabras parecen ser duras, pero la verdad es que sus discípulos deben dejar a un lado los intereses que les impidan una entrega y fidelidad absoluta a Cristo. Este

“aborrecimiento” puede comprenderse al compararlo con el amor, ya mencionado en los párrafos anteriormente, que Jesús pide. Los discípulos de Jesús deben amarle a él sobre todas las cosas y más que todo serle fiel y leal. Esto debe sobrepasar toda relación familiar y hasta los deseos de uno mismo.

En cierto sentido, la cruz fue la misión especial en la vida de Jesús. Los discípulos no deben esperar tener que tomar una cruz literal, como la que tomó Jesús, y ser crucificados. Sin embargo, los discípulos pueden esperar oposición y hasta la muerte. Debemos dedicarnos a cumplir la misión de Dios para nuestras vidas y esto incluye llevar a cabo la Gran Comisión y todo lo que consiste en la misma. Si alguien trata de evitarla: “El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (Mateo 10.39).

Luego, después de decirle a sus discípulos que él debía sufrir y ser sacrificado en Jerusalén, Jesús les dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mateo 16.24-25; Marcos 8.34; 9.1; Lucas 9.23-27; 14.27; 17.33). El negarse a sí mismo significa deshacerse de los deseos personales y rendirse uno mismo completamente al Señor, aunque esto requiera que uno tenga que tomar su propia cruz. Si alguien trata de evitar la cruz para salvar su vida, el tal terminará perdiendo su vida al final. Al estar dispuestos a perder nuestras vidas por causa del Señor, la hallamos. Por tanto, tomar la cruz y seguir a Jesús es algo indispensable para la redención.

No debemos permitir que nada estorbe nuestra disposición de seguir al Señor. Jesús dijo: “Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14.27). Él también dijo que cualquiera que quiera construir una torre primero debe calcular los gastos para asegurarse de que tenga suficiente con qué terminarla y que ningún rey iría a la guerra sin antes pensar en la posibilidad de ganar. “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14.33). Tanto el discipulado como la salvación son asuntos muy serios y requieren un compromiso total desde el principio y poner todo lo demás en un segundo plano durante toda la vida. Jesucristo debe ocupar el primer lugar en la vida del discípulo.

Todo aquél que le siga cambiará su manera de andar y será librado del pecado. Jesús dijo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8.12). Algunos judíos, al escuchar esto, le interrogaron. Jesús les dijo a otros “...judíos que habían creído en él: Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os

hará libres” (Juan 8.31-32). Estos creyentes le dijeron a Jesús que ellos eran hijos de Abraham y que no estaban en esclavitud, y le preguntaron: “...¿Cómo dices tú: Seréis libres?” (Juan 8.33). Jesús les respondió: “...todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado” (Juan 8.34). El discípulo no debe ser esclavo del pecado, sino más bien un hijo de Dios a quien le gusta hacer la voluntad del Padre. Esta libertad para obedecer es la libertad verdadera.

Para ayudarnos a entender el discipulado, Jesús nos dio el ejemplo de las ovejas. Cuando “...abre el portero...las ovejas oyen su voz...y las ovejas le siguen...Mas al extraño no seguirán” (Juan 10.3-5). Luego, Jesús explicó: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Juan 10.27-28). En Juan 15, Jesús explica cómo el hecho de llevar fruto se relaciona con el discipulado: “...el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí, nada podéis hacer” (Juan 15.5). Entonces él sigue explicando: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. ...Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15.8-10).

Y si alguien piensa que el discipulado es una carga, Jesús dijo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11.28-30). ¿Cómo se explica que el discipulado sea fácil? La respuesta está en que el nuevo nacimiento cambia la naturaleza interior del discípulo, de modo que él se complace en hacer la voluntad de Dios. Por tanto, él no siente carga alguna, sino que halla justicia, paz y gozo (véase Juan 14.27; 16.33; Romanos 14.17; 15.13; Gálatas 5.22). El cambio interior quita la carga, aunque el discípulo tenga que sufrir por causa de Cristo (véase Mateo 10.16-25; Lucas 10.3; 21.5-19; Romanos 8.17; Filipenses 1.29-30; 3.10; 2 Timoteo 2.12; 1 Pedro 4.12-14; 5.10).

El camino del discipulado es angosto y difícil, muy diferente a lo que muchos piensan del cristianismo. En el Sermón del Monte, Jesús dijo: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7.13-14; Lucas 13.23-24). El discipulado ni es una carga ni un camino ancho, sino más bien el camino que lleva a la vida eterna.

Jesucristo: El único camino

Jesucristo predicó que él es el único camino a la vida eterna. Él también dijo que la voluntad de Dios es que "...todo aquél que ve al Hijo, y cree en él [en Jesús], tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero" (Juan 6.40, 47). Él también dijo: "...Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Juan 8.12; 9.5; 12.35-36). En respuesta a una pregunta, Jesús le dijo a Tomás: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan 14.5). Y como ya vimos, Jesús le dijo a los judíos que habían creído en él: "Si vosotros permanecéis en mi palabra...conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (Juan 8.31-32, 34-36). Jesús prometió que "...el que guarda mi palabra, nunca verá muerte" (Juan 8.51). Estas enseñanzas no dejan duda de que sólomente hay un camino.

Todo aquél que busca la vida eterna debe entrar por la Puerta. Jesús usó esta metáfora para describir el propósito de su existencia. "...El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es" (Juan 10.1-2). El redil era un cercado con una sola puerta de entrada; Jesús entró para que otros pudieran tener vida. Esta Puerta es un símbolo de Jesús. Él dijo: "Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo...yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas. ... Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar" (Juan 10.9-11, 17; Juan 10.15). En el reino, Jesús es la única puerta, puesto que él fue quien dio su vida para que los que se arrepientan puedan ser salvos.

Ya hemos afirmado que Jesús dijo: "...Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto vivirá" (Juan 11.25). Ya que Jesús es la fuente de la vida y la resurrección de los muertos entonces fuera de él no existe ni vida ni resurrección. Sólo los que creen en él podrán obtener la victoria sobre la muerte.

Jesús claramente dijo que escucharle trae consecuencias eternas. También afirmó que él vino "...a salvar al mundo. El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene queien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero" (Juan 12.47-48). El propósito de la misión de Jesús es salvar al pecador, pero si el pecador le rechaza, no hay otra manera de obtener vida eterna. El pecador será juzgado por lo que él rechace, la palabra que Jesús ha predicado. El juicio tendrá lugar en base a la autoridad de Dios. Él le dio a Jesús el poder de perdonar pecados, como Jesús lo testificó al principio de su ministerio (véase Marcos 2.10; Lucas 7.48).

Pedro le dijo a los ancianos y a los gobernantes que Cristo Jesús, a quienes ellos habían crucificado y a quien Dios había levantado, era la principal piedra del ángulo, y que "...en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4.12). No hay otro nombre, es decir, no hay nadie más que pueda salvarlos. Si alguien quiere ser librado de sus pecados entonces debe acudir a Jesús en busca de ayuda.

El señorío de Cristo

El discipulado significa someterse al señorío de Jesucristo. En la actualidad, el uso del término "Señor" es común y muy popular, pero en el Sermón del Monte Jesús señala algunos aspectos que son muy poco entendidos. "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mateo 7.21). Y a aquellos que se jactan de decir que han hecho muchas cosas en su nombre, les dirá: "...Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mateo 7.23). Jesús hizo una pregunta que muchos deben contestar hoy: "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo os digo?" (Lucas 6.46).

Después de esta pregunta, él dijo una parábola sobre la importancia de obedecer la palabra de Dios. Él dijo: "Todo aquél que viene a mí, y oye mis palabras, y las hace...Semejante es a un hombre que al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca". Cuando subieron los ríos, su casa pudo resistirlos. "Mas, el que oyó y no hizo, semejante es al hombre que edificó su casa sobre la arena" (Mateo 7.26). Cuando el río dio con ímpetu contra la misma, grande fue su ruina (véase Lucas 6.47-49; Mateo 7.24-27). En Judea, en el único lugar que se puede hallar arena es en un "wadi", el lecho de un río seco. Los que escucharon a Jesús sabían que uno nunca debe construir en tal lugar, puesto que, en cualquier momento, un torrente de agua podría invadir el lecho seco y llevarse todo lo que encuentre. Con tales advertencias, no hay manera de ponerle a Jesús excusas por no seguir sus enseñanzas. Sólo los que siguen las enseñanzas de Jesús tienen un firme fundamento y la seguridad de la vida eterna.

Juan el Bautista predicó: "Enderezad el camino del Señor" (Juan 3.3). Jesús aplicó el término Señor a sí mismo cuando le dijo a dos de sus discípulos que dijeran: "...el Señor lo necesita" (Mateo 21.3; 12.8; Marcos 11.3; Lucas 19.31). Los discípulos usaron el término como otro nombre para Jesús (véase Mateo 8.25; 14.28, 30; 16.22; 17.4; 18.21). Varias de las formas de la palabra griega Kurios, traducida como "Señor", también se aplicaban a Dios. Queda claro que Jesús es el Señor y que debemos tomar su señorío en serio.

Sus grandes milagros

La obras y las enseñanzas de Jesús no son cosas que deben aceptarse por medio de una fe “ciega”. Las escrituras recogen muchos ejemplos en los que Jesús hizo grandes milagros como prueba de que Dios lo envió. Por ejemplo, Mateo hace referencia a diez sanidades específicas y a un ejemplo de poder mayor que las fuerzas naturales en los capítulos 8 y 9 de su evangelio: Jesús sanó al leproso (véase Mateo 8.2-4), al criado parálítico del centurión (véase Mateo 8.5-13), a la suegra de Pedro la sanó de una fiebre (véase Mateo 8.14-15), echó fuera a los demonios de muchos (véase Mateo 8.16), calmó la tempestad (véase Mateo 8.23-27), sanó a dos endemoniados (véase Mateo 8.28-34), sanó a un parálítico (véase Mateo 9.2-8), sanó a una mujer enferma de un flujo de sangre (véase Mateo 9.20), resucitó a la hija de un principal (véase Mateo 9.24-25), sanó a dos ciegos (véase Mateo 9.27-30) y sanó al mudo endemoniado (véase Mateo 9.32-34).

Estos sólo son unos pocos de los milagros que los evangelios mencionan. Específicamente, los evangelios detallan unos treinta y cinco milagros y mencionan brevemente muchos otros. Como Juan escribió: “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro” (Juan 20.30). Algunas de ellas se hallan en los otros tres evangelios, pero la mayoría no están escritas. Esto es de la forma que Juan lo escribió: “...hay también muchas otras cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir” (Juan 21.25). Al pensar que los evangelios sólo mencionan una pequeña fracción de los, aproximadamente, sesenta días de los tres años del ministerio de Jesús (apenas el 5 por ciento de esos días) y que muchos libros se han escrito sobre este ministerio se hace evidente que ***se podría escribir muchos libros más sobre los otros milagros y sobre el resto de su vida y ministerio.

Estas obras dan testimonio de Jesús y le dieron gran fama (véase Mateo 9.8, 26, 31, 33). Además, muchos terminaron creyendo en él (véase Juan 2.11, 23; 3.2; 6.2, 14; 7.31; 9.16, 31-33; 12.18). Aunque Jesús hizo muchos milagros, éstos no fueron la razón principal de su ministerio. De hecho, él a menudo trataba de evitar que la gente le prestara demasiada atención a los mismos, al pedirle a las personas sanadas que no se lo dijeran a otros (véase Mateo 8.4; Marcos 3.12; 5.43; 7.36; 8.26, 30; 9.9). A menudo, él incluía una lección espiritual para que los hombres miraran más allá de lo milagroso. El principal ministerio de Jesús fue espiritual. Él hizo milagros para apoyar este ministerio, no para estorbarlo. Las soluciones a los problemas físicos no deben impedir la solución al problema principal del hombre, o sea, su problema espiritual.

Hay un testimonio mayor que el que ya hemos notado anteriormente. La Biblia nos enseña que Jesús vino al mundo para redimir al hombre por medio de su muerte y resurrección. Su resurrección es la principal prueba de su posición mesiánica. Como Pablo escribió, él “...fue declarado Hijo de Dios...por la [Su] resurrección de entre los muertos” (Romanos 1.4). Luego abordaremos sobre la resurrección de Jesús.

2. Cristo y las escrituras

Introducción:

Jesucristo no hizo ninguna declaración formal en cuanto a su punto de vista acerca de las escrituras, pero hizo breves comentarios dándonos a entender que él tenía un alto concepto de ellas. Ya que la revelación de Dios no incluye declaraciones formales de las escrituras, nosotros tenemos que hallar el punto de vista de Jesús en sus declaraciones verbales relatadas en los evangelios y por otros escritores del Nuevo Testamento. Ahora quisieramos notar qué nos enseña el Nuevo Testamento sobre las escrituras. El Nuevo Testamento nos da una idea en cuanto a su valor. Nuestro concepto y uso de las escrituras debe formarse a base de estas ideas.

El criterio de Cristo examinado

Una de las preguntas más importantes que uno se debe hacer es: ¿Cuál era el concepto de Cristo en cuanto a las escrituras? La respuesta a esta pregunta la hallamos en varios versículos del Nuevo Testamento.

Una indicación del criterio de Cristo en cuanto a las escrituras la hallamos en su respuesta a la acusación de los judíos de que él había blasfemado al hacerse igual a Dios. En su respuesta, él apeló a las escrituras y añadió la declaración: "...la Escritura no puede ser quebrantada" (Juan 10.35). Cristo creía que la escritura era autoritaria. Él no tenía duda en cuanto a quebrantar o dejar a un lado la escritura, porque es la verdad que Dios nos ha revelado.

Un testimonio de cómo Cristo veía la autoridad de las escrituras lo hallamos en el relato de su tentación en el desierto, lo cual aconteció después de un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches. El tentador le dijo a Cristo: "...Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan". A lo que Jesús contestó: "...No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios" (Mateo 4.3-4; Deuteronomio 8.3). Cada vez que él tentaba a Jesús, las palabras del maligno eran ineficaces, ya que Dios había revelado su verdad a través de las escrituras. Jesús introdujo cada una de sus respuestas con un: "Escrito está..." (Mateo 4.7, 10). Esta declaración es frecuentemente usada en la Biblia para referirse a la palabra de Dios. Jesús también dijo

que debemos vivir por “toda palabra”, y no sólo por una parte de las escrituras, sino por todas sus palabras y enseñanzas.

Jesús hizo otras declaraciones de “escrito está”. Cuando él purificó el templo, dijo: “Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones” (Mateo 21.13). En el huerto de Getsemaní, Jesús les dijo a sus discípulos que ellos serían dispersados, porque “escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas” (Mateo 26.31; Zacarías 13.7). Jesús utilizó las palabras autoritarias “escrito está” para mostrar que la palabra de Dios justificaba sus actos. Esta fórmula autoritaria nos demuestra que él creía que el Antiguo Testamento era la verdad absoluta.

Jesús también utilizó las declaraciones: “Oísteis que fue dicho” (Mateo 5.21, 27, 31, 33, 38, 43). Estas declaraciones hacían referencia a la revelación dada por Moisés a los Israelitas. Ya los discípulos habían escuchado la exposición de la ley varias veces, pero Cristo iba a darle al hombre un nuevo pacto. A partir de entonces, sus discípulos tendrían que vivir por su “pero yo os digo”.

Cuando los saduceos le preguntaron sobre el matrimonio, Jesús les replicó: “¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras, y el poder de Dios?” (Marcos 12.24). Él entonces les preguntó: “...¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios en la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?” (Marcos 12.26; Éxodo 3). Luego él les dijo a los saduceos que Dios es el Dios de los vivos, que había una resurrección (véase Marcos 12.27). Ellos “erraron grandemente”, porque no fueron a las escrituras en busca de respuesta, sino que razonaban entre sí. Jesús confirmó que las escrituras contienen la palabra de Dios y que su palabra es clara y fácil de entender. Aquellos líderes erraron, al igual que todos aquellos que yerran, porque ellos “ignoran las Escrituras”.

En cuanto al rico que destruyó sus graneros para construir otros más grandes: “...Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma” (Lucas 12.20). Esta podría ser una paráfrasis de Jeremías 17.11 o algún ejemplo que Jesús mencionó de la vida real. Esto nos indica que Jesús creía que Dios se comunicaba con el hombre y que tal comunicación podía entenderse. Si el hombre puede entender la palabra hablada, sin duda él puede entender la palabra escrita.

En una de sus oraciones, Jesús dijo que sus discípulos no son del mundo y que, por tanto, ellos viven en un nivel mucho más alto. Él le pidió a Dios el Padre: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17.17). Ellos debían vivir por la verdad y esta verdad es conocida porque “tu palabra es verdad”. Ya Jesús había dicho que “...Dios es veraz” (Juan 3.33; 7.28; 8.26) y habló del “...Espíritu de verdad” (Juan 14.17; 16.13).

Él dio testimonio de sí mismo: “El que viene de arriba, es sobre todos...Y lo que vio y oyó, esto testifica...Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida” (Juan 3.31-34). Jesucristo les habló a sus discípulos las “palabras de Dios” y ellos con el tiempo escribieron esas mismas palabras.

Jesús creía que Dios hablaba por medio de sus profetas, tales como Moisés y Jeremías, para darles sus mandamientos a los hombres. Esto lo vemos en su respuesta a la pregunta de los escribas y fariseos sobre el quebrantamiento de las tradiciones de los ancianos por parte de sus discípulos. Jesús les preguntó: “...¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Porque Dios mandó diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente” (Mateo 15.1-7; Éxodo 20.12; Jeremías 35.18-19).

Jesús continuó revelando su criterio de las escrituras en la parábola de Lázaro y el rico. El rico le pidió a Abraham que le advirtiera a sus hermanos para que ellos no tuvieran que ir al infierno, el lugar de tormento. Cristo continúa el relato diciendo: “Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. Él [el rico] entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de entre los muertos” (Lucas 16.29-31; Lucas 16.19-28). Al relatar este incidente, Jesús apoyó el criterio de Abraham de que las escrituras bastan para redimir al hombre y que si los hombres no quieren creer en ellas entonces no serán persuadidos por nada más. Jesús consideraba a las escrituras como el medio más eficaz para revelar el Camino.

En otra ocasión, Jesús expresó este punto de vista al decirles a los judíos: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí...Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?” (Juan 5.39, 46-47). Las escrituras del Antiguo Testamento dan testimonio de Cristo y tienen el mismo valor que sus propias palabras, las mismas son para ser creídas. Jesús creyó que las escrituras son autoritarias y dignas de confianza de manera que las creencias de los hombres sobre él mismo y su misión redentora puedan estar directamente relacionadas.

Jesús y los antecedentes históricos de las escrituras

Jesús hizo varias referencias a los antecedentes históricos hallados en las escrituras. Mostramos varios de ellos a continuación para ayudarnos a entender su concepto de las escrituras.

Jesús le dijo al leproso que él había limpiado que se mostrara "...al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés" (Mateo 8.4), dando a entender que él aceptaba los mandamientos de Moisés.

Al referirse a la fe del centurión, Jesús dijo: "Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos" (Mateo 8.11), dando a entender que él aceptaba los hechos históricos de los patriarcas. Ya que muchos no se arrepentían, ni siquiera al ver los muchos milagros de Jesús, él les dijo: "¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido" (Mateo 11.21). Varios profetas del Antiguo Testamento hablaron en contra de Tiro y de Sidón (véase Isaías 23.1-18; Jeremías 25.22; 27.1-11; Ezequiel 26.1-28; 26.19; Joel 3.4-8; Amós 1.9-10), porque estas ciudades explotaban a sus vecinos y eran centros de idolatría, causando así el juicio de Dios sobre ellas. Cuando el Mesías vino a estas ciudades, ellas siguieron el ejemplo de sus padres y no se arrepintieron. Y al referirse a estas profecías del Antiguo Testamento, Jesús dio a entender que él aceptaba la versión de la evaluación de los profetas en cuanto a estas ciudades.

Cuando los fariseos interrogaron a Jesús y a sus discípulos sobre arrancar y comer espigas en el día de reposo, Jesús les dijo: "...¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre; cómo entró en la casa de Dios, y comió los panes de la proposición, que no les era lícito comer ni a él ni a los que con él estaban...¿O no habéis leído en la ley, cómo en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanan el día de reposo, y son sin culpa?" (Mateo 12.3, 5). La apelación de Jesús a la ley nos da a entender que él aceptó su informe sobre la vida de David y la de los sacerdotes, y que su acción y la de sus discípulos de recoger y comer espigas en el día de reposo era correcta.

Cuando los fariseos pidieron señal, Jesús les dijo: "Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches. Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás" (Mateo 12.40; Jonás 1.2, 17; 3.5). Luego, cuando los fariseos y saduceos volvieron a pedir señal, Jesús les dijo a esa generación perversa que "señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás" (Mateo 16.4). Ambas respuestas son comentarios de Jesús y no de Mateo. Jesús sabía la historia de Jonás y de cuando fue a Nínive entonces él citó directamente a Jonás 1.17. El uso que Jesús le dio a esta historia muestra que él aceptó los acontecimientos que rodearon el ministerio de Jonás como hechos

históricos; y así como Dios milagrosamente preservó a Jonás, también milagrosamente resucitaría a su Hijo. Los comentarios que Jesús hizo dan a entender que él sabía que el relato de Jonás era verídico y estaba dispuesto a unir su propio ministerio al suyo.

Cuando a Jesús le preguntaron sobre el matrimonio, él se refirió al relato de Génesis: “¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo?” Jesús aceptó el relato de la creación como literalmente verídico. Entonces él dijo: “¿No habéis leído que...por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mateo 19.4-6; Génesis 1.26-28; 2.23-24). Jesús creía que Dios había instituido el matrimonio en la creación del hombre y que el libro de Génesis prueba que el plan de Dios es que los lazos matrimoniales sean permanentes y que ningún hombre se atreva a romperlos. Los fariseos le preguntaron que por qué Moisés había permitido la “carta de divorcio”. Jesús les dijo que fue por “...la dureza de vuestro corazón [que] Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así” (Mateo 19.7-8; Deuteronomio 24.1-4). Jesús creía en el relato de Moisés y que la revelación tuvo un principio. Esto también muestra que Jesús aceptaba a Moisés como el autor del libro de Deuteronomio.

En la respuesta de Jesús a los saduceos sobre la pregunta de la resurrección, él les preguntó: “...¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?” (Mateo 22.31-32; Marcos 12.26; Lucas 20.37; Éxodo 3.6, 16). Cuando los saduceos interrogaron a Jesús, ellos dijeron: “Moisés dijo”. Pero Jesús fue más lejos aún preguntándoles que si no habían leído lo que “os fue dicho por Dios”. Jesús aceptó al Antiguo Testamento como algo más que palabras de hombres; era el testimonio de la revelación de Dios. Las palabras de Jesús dan a entender que él aceptó el relato de Éxodo sobre los patriarcas como históricamente verídico.

Jesús les hizo una pregunta a los fariseos sobre el Cristo y también de quién es Hijo: “Él les dijo: “¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor...?” (Mateo 22.43; Salmo 110.1.) En referencia a este salmo, Jesús reconoció que David fue dirigido por el Espíritu Santo, haciendo razonable creer que estos escritos fueron inspirados por el Espíritu Santo.

Cuando un intérprete de la ley preguntó sobre el gran mandamiento en la ley, Jesús hizo referencia a la revelación de Moisés en Deuteronomio. Jesús respondió: “...Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”. Y entonces, él dio el segundo mandamiento: “...Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.” (Mateo 22.34-40;

Levítico 19.18; Deuteronomio 6.5). Estos escritos nos dan a entender que Jesús aceptó los escritos de Moisés y la referencia de “la ley y los profetas” nos da a entender que él aceptó todo el Antiguo Testamento.

Con un “¡ay!”, dirigido a los escribas y fariseos, Jesús mencionó: “...desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías” (Mateo 23.35; Génesis 4.8; 2 Crónicas 24.20-22), indicando que él aceptaba las narraciones detalladas del Antiguo Testamento con relación a la muerte inocente de estos dos hombres justos halladas en Génesis y Crónicas.

Cuando Jesús le habló a sus discípulos sobre las cosas que estaban por venir, les dijo: “...cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee que entienda)” (Mateo 24.15; Daniel 9.27; 11.31; 12.11). Hoy hay muchos críticos que dudan sobre el libro de Daniel porque no están dispuestos a aceptar las implicaciones de sus profecías. Ellos creen que el libro debió haber sido escrito después de los acontecimientos, porque no hay duda de que algunas de sus profecías concernientes a los sucesos principales del mundo han sido cumplidas. La opinión de estos críticos es opuesta a las creencias de Jesús. Él aceptó como fidedignos tanto el libro como sus profecías.

Luego, al hablar de su segunda venida y del día y la hora de la misma, Jesús dijo que sólo el Padre lo sabía. Entonces, él dijo: “Mas, como en los días de Noé...Porque como los días antes del diluvio...hasta el día en que Noé entró en el arca” (Mateo 24.37-38), dándonos a entender que él aceptaba los hechos históricos de Noé, el arca y el diluvio.

Jesús y las profecías

A través de todo su ministerio, Jesús cumplió muchas profecías. En el Sermón del Monte, él dijo: “No penséis que he venido para abrogar la ley y los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos” (Mateo 5.17-19).

Después de su resurrección, camino a Emaús, Jesús les dijo a dos de sus discípulos: “La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él. Pero más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustré una tilde de la ley” (Lucas 16.16-17). Luego dijo que no sólo la ley debía cumplirse, sino todo el Antiguo Testamento: “...era necesario que se cumpliera todo

lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”. Entonces, él “...les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras” (Lucas 24.44-45). Cristo sostenía que todas las escrituras eran fidedignas, aún el más pequeño de los signos, la jota y la tilde; también les dijo que él cumpliría todas las escrituras.

Jesús le habló al pueblo acerca de Juan el Bautista y lo identificó como “...éste es de quien está escrito: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti” (Mateo 11.10). Cuando llegó el tiempo de la aparición del Mesías, un precursor vino a preparar a la gente para que supieran lo que iba a suceder. En el Antiguo Testamento, unos 450 años antes de la llegada de Juan, Malaquías profetizó sobre este precursor.

Después de la transfiguración, los discípulos preguntaron sobre la venida de Elías. Parece que estos discípulos no sabían nada de la pasada transfiguración porque Jesús le había dicho a los tres que no dijeran lo de la visión. “...A la verdad Elías viene primero, y restaurará todas las cosas” (Mateo 17.9-13; Marcos 9.11-13; Lucas 1.17; 3.1-6). La profecía concerniente a Elías es veraz: “He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí”. Esto fue profetizado en el último libro del Antiguo Testamento (véase Malaquías 3.1; 4.5-6). En un sentido, Juan el Bautista era Elías, quien llamó al pueblo al arrepentimiento y a volverse a Dios.

Cuando Jesús se lamentó acerca de Jerusalén, él citó los salmos sobre su segunda venida: “Bendito el que viene en el nombre del Señor” (Mateo 23.39; Salmo 118.26), dando a entender que aceptaba este libro.

En los últimos días de su vida sobre la tierra, Jesús habló sobre los eventos futuros y mostró cómo cumpliría las escrituras. En la última cena, él dijo: “...el Hijo del Hombre va, según está escrito de él”. Luego, cuando él fue al Monte de los Olivos, dijo de sus discípulos que: “...os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas” (Marcos 14.27; Zacarías 13.3). En el momento de su arresto, Cristo le dijo a los soldados: “Cada día estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis; pero es así, para que se cumplan las Escrituras” (Marcos 14.49; véase Isaías 53.7). Entonces uno de los discípulos golpeó al siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja. Jesús reprendió a tal discípulo. Él dijo que él podría llamar a doce legiones de ángeles para que lo defendieran, pero que no lo haría, porque “¿...cómo entonces se cumplirían las Escrituras...?” (Mateo 26.54.)

Jesús le dijo a sus discípulos, los que fueron a la tumba el lunes después de la resurrección: “¡Oh, insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo

padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lucas 24.25-27). De modo que es evidente que Jesús aceptó a Moisés, a los profetas y a todas las escrituras como verdaderas.

Jesús y el Antiguo Testamento

Jesús hacía referencia o citaba las escrituras del Antiguo Testamento con bastante frecuencia para apoyar sus enseñanzas. Él les recalcó a los líderes judíos: “...bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí...”, dando a entender que él aceptaba las profecías de Isaías (véase Mateo 15.7-8; Isaías 29.13). Estos líderes eran tan hipócritas como los de la generación de Isaías, y Jesús citó a Isaías para apoyar su criterio.

Después de haber sanado a muchos en Jerusalén, en su última semana, los niños gritaban: “...¡Hosanna al Hijo de David!” Sin embargo, los principales sacerdotes y los escribas se indignaron por esto. Y Jesús les preguntó: “¿Nunca leísteis: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza?” (Mateo 21.15-16; Salmo 8.2.) Estos líderes ignoraban que la acción de estos niños era correcta y hasta posible. Jesús tuvo que llevar a esos escépticos a las verdades del Antiguo Testamento para indicarles que aquellos niños podían alabar a Dios.

Poco después, Jesús, en una parábola sobre la viña y el vallado, preguntó: “¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo? El Señor ha hecho esto, ¿y es cosa maravillosa a nuestros ojos?” (Mateo 21.42; Salmo 118.22-23.) Estos detalles profetizados en el Antiguo Testamento serían cumplidos por él. Cuando el Sanedrín pronunció juicio sobre Jesús, el Mesías, y lo entregaron a los romanos para darle muerte, poco sabían ellos que aquél rechazado vendría a ser la Cabeza del Nuevo Pacto.

Jesús no nos dejó una declaración formal de su criterio sobre las escrituras, pero sabemos cuál es su criterio a partir de algunos sucesos que tuvieron lugar en su vida. Las escrituras citadas anteriormente nos dan a entender que Jesús creía que las mismas eran verídicas y autoritarias aún en los más diminutos detalles. Todas las declaraciones antes mencionadas sobre las escrituras enfatizaban su opinión acerca de que: “...las escrituras no pueden ser quebrantadas”.

3. Cristo el redentor

La muerte de Cristo

La Biblia nos enseña que Jesús vino al mundo para redimir al hombre por medio de su muerte y resurrección. Desde el comienzo de su ministerio, él les dijo a los judíos: “Destruíd este templo y en tres días lo levantaré” (Juan 2.19). Los judíos no le entendieron y pensaron que él se refería al templo de Jerusalén que se llevó cuarenta y seis años para construirlo. Ellos no sabían que Jesús se refería a sí mismo, que él resucitaría tres días después de su muerte. Juan escribió que: “...cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho” (Juan 2.22).

Jesús hizo varias declaraciones sobre su futura muerte. En respuesta a una pregunta que le hizo Nicodemo, Jesús dijo: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado” (Juan 3.14). En su parábola del buen pastor, Jesús dijo que él vino “para que [los hombres] tengan vida...Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas...yo pongo mi vida para volverla a tomar” (Juan 10.10-11, 17-18). Esto fue una visión anticipada de su cruz y resurrección, lo cual se convertiría en una ofrenda voluntaria de su vida en plena armonía con la voluntad del Padre.

En respuesta a una petición para que diera una señal, Jesús declaró que ninguna sería dada, excepto “la señal del profeta Jonás...Porque como estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches” (Mateo 12.39-40; Mateo 16.4; Jonás 1.17). Ellos no recibieron respuesta alguna, porque dijeron que él sanaba (véase Mateo 12.24) con el poder de Beelzebú, es decir, el diablo (véase Mateo 12.24; Mateo 12.22-37). Tal parece que Jesús sólo pasó las noches del viernes y del sábado en la tumba. Los tres días y las tres noches a las cuales Jesús se refiere es una expresión judía para definir los días al contar las noches con los días (véase Ester 4.16; 5.1).

Después de la confesión de Pedro, que Jesús es “el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16.16), Jesús les dijo a sus discípulos que él debía “ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, y de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día”

(Mateo 16.21; Marcos 8.31; Lucas 9.22). Él repitió esto en Galilea (véase Mateo 17.22-23; Marcos 9.30-31; Lucas 9.43-44; 17.25). Cuando llegó la hora que Jesús diera su vida, él fue a Jerusalén para la Pascua. Cuando le advirtieron que Herodes quería matarle, él dijo: “no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén” (Lucas 13.33). Camino a Jerusalén, Jesús explicó: “el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles para que le escarnezan, le azoten, y le crucifiquen; mas al tercer día resucitará” (Mateo 20.18-19; Marcos 10.33-34; Lucas 18.31-33). Luego, él explicó esto más adelante: “el Hijo del Hombre vino...para...dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20.28; Marcos 10.45).

Jesús pasó su última semana en la tierra físicamente con sus discípulos y en los alrededores de Jerusalén. Poco antes de la Pascua, él les dijo a sus discípulos otra vez: “...el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado” (Mateo 26.2). “Cuando Jesús supo que...debía salir de este mundo al Padre” preparó una cena especial para la Pascua con sus discípulos. Jesús tomó pan, lo partió y, repartiéndolo, dijo: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo” (Mateo 26.26; Marcos 14.22; Lucas 22.19). Y luego, tomando la copa, dijo: “Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión [perdón] de los pecados” (Mateo 26.27-28; Marcos 14.23-24). Él tomó la copa de la Pascua, un símbolo de liberación, y le dio un nuevo significado; el símbolo de que su sangre da vida nueva. Dos días después, en la Pascua, él murió en la cruz (véase Mateo 26.2). Entonces, él les dijo: “...después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea”, refiriéndose a su resurrección (Mateo 26.32).

Los líderes de Jerusalén se opusieron grandemente a Jesús. Ellos usaron toda oportunidad disponible para culparle, deseando deshacerse de él. En este tiempo, Jesús una vez más purificó el templo. Ahí mismo, ante la multitud, Jesús denunció a los escribas y fariseos con muchos “ayes” porque ellos le ponían muchas cargas pesadas al pueblo, hacían obras sólo para ser vistos de los hombres, cerraban el reino para que los hombres no pudieran entrar e ignoraban los asuntos más importantes de la ley (la justicia, la fe y la misericordia) y eran los hijos de los que asesinaron a los profetas, etc. (Véase Mateo 23.) Y por estas reprensiones tan reveladoras, los líderes aumentaron sus esfuerzos para quitarle la vida (véase Mateo 26.3-4).

Inmediatamente, los gobernadores de los judíos arrestaron a Jesús y lo trajeron ante el tribunal. En su juicio, varios testigos falsos hicieron muchas acusaciones contra Jesús, pero ninguna era tan mala como para que lo sentenciaran a la muerte. Hasta que al final, ellos hallaron a dos

que acusaron a Jesús de haber dicho: "...Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo" (Mateo 26.61; Juan 2.19). El sumo sacerdote quería que él contestara ante esas acusaciones, pero él permaneció callado. Entonces el sumo sacerdote, dijo: "Te conjuro por el Dios viviente" (así decían los judíos cuando querían poner a alguien bajo juramento) "que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios" (Mateo 26.63). Según la ley, él tenía que responder, entonces Jesús dijo: "Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo" (Mateo 26.64).

En efecto, Jesús le estaba diciendo al sumo sacerdote que lo vería nuevamente en el juicio. El sumo sacerdote respondió: "¡Ha blasfemado!" (Mateo 26.65.) Los que le escucharon, gritaron: "¡Es reo de muerte!" (Mateo 26.66.) Por las mismas palabras de Jesús, los judíos tenían una acusación de blasfemia capital contra él (véase Levítico 24.16). Jesús dio su propia vida; ellos no se la quitaron. Tal y como ya él había dicho antes: "Nadie me la quita [mi vida], sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar" (Juan 10.18).

Pilato, el gobernador romano, no halló ningún "delito...en este hombre" (Lucas 23.4). Él quería soltar a Jesús (véase Lucas 23.20, 23), pero recibió mucha presión de la multitud que gritaba: "¡Crucifícale, crucifícale!" (Lucas 23.21.) Y como Pilato temía una revuelta, él entregó a Jesús. Entonces simbólicamente se lavó las manos, dando a entender que estaba limpio de este acto ilegal (véase Mateo 27.24; Salmo 26.6; 73.13). Pilato entregó a Jesús para que fuese crucificado (véase Mateo 27.26).

En seguida, Jesús fue preparado para la crucifixión, la muerte más cruel que jamás se haya ingeniado. A pesar de ser diseñada para darle al cuerpo una muerte lo más lenta y dolorosa posible, la misma también era considerada el castigo más vergonzoso de su tiempo. Y Jesús, el Inocente, el Hijo de Dios, el Creador, al sufrir la crucifixión murió una muerte indecible de sufrimiento físico y mental. Para nosotros, el dolor físico bastaría, pero el sufrimiento mental debió haber sido más allá de lo que las palabras pudieran expresar por la persona que Jesús es y por lo que sufrió mientras los hombres lo rechazaban. En un lugar llamado Gólgota ("el lugar de la calavera" Mateo 27.33; véase Marcos 15.22; Juan 19.17), el cual Lucas identificó en latín como el Calvario (véase Lucas 23.33), Jesús fue crucificado. Ningún escritor ha dado detalles descriptivos sobre la crucifixión. En la cruz, ellos pusieron una inscripción: "JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS" (Juan 19.19). Los sacerdotes querían que Pilato quitara esa inscripción, pero Pilato les dijo: "Lo que he escrito he escrito" (Juan 19.22).

En su crucifixión, Jesús recibió más gritos sarcásticos de algunas de las mismas personas que habían depositado su esperanza en él: “Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz” (Mateo 27.40). También los líderes judíos se burlaron de él: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios” (Mateo 27.42-43; Marcos 15.29-32; Lucas 23.35-37).

Jesús soportó todo el sufrimiento de la cruz. Él rechazó la mezcla de vino fuerte y mirra, lo cual hubiera aliviado el dolor en cierta manera. Él vino al mundo para morir por los pecados de los hombres y soportó la plena extensión del sufrimiento. Y como su muerte fue un sacrificio voluntario, él oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23.34). Él deseó el perdón para aquellos que le causaron la muerte.

Durante las últimas tres horas que Jesús colgó en la cruz, toda la tierra se llenó de tinieblas (véase Mateo 27.45; Lucas 23.44), dándole a Jesús una profunda sensación de soledad. A la hora novena, (las tres de la tarde), Jesús gritó a gran voz: “Elí, Elí, lama sabactani”, que significa: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27.46; Marcos 15.33-35; Salmo 22.1). Él dio este grito cuando por un momento sintió desolación, desamparo y desesperación. Algunos pensaron que él llamaba a Elías.

Como se aproximaba el momento de sacrificar el cordero de la pascua, Jesús sabía que él pronto iba a morir y dijo: “Tengo sed” (Juan 19.28). Alguien le trajo vinagre y “le dio a beber, diciendo: Dejad, veamos si viene Elías a bajarle” (Marcos 15.36). Él entonces clamó a gran voz diciéndolo: “Consumado es...”, y “...entregó el espíritu” (Juan 19.30; Lucas 23.46). La muerte de Jesús completó su obra redentora. Al dar su sangre, la vida del cuerpo, él murió una sola vez y para siempre por los pecados de todos los hombres (véase Hebreos 9.12, 14, 26; Romanos 6.10).

En el momento de la muerte de Jesús, el velo del templo, que separaba el lugar santo del lugar santísimo, se rasgó de arriba hacia abajo en dos pedazos (véase Mateo 27.51; Marcos 15.38; Lucas 23.45). El velo rasgado simboliza el final del sistema de sacrificio y adoración del antiguo pacto.³ El velo había servido su propósito de preparar al hombre para Cristo. El velo rasgado significa que ahora hay acceso a Dios, disponible a todos los que entren por la Puerta y tomen del Pan de Vida.

³ Sin embargo, el templo y su sistema de sacrificio se mantuvieron vigentes hasta el 70 d.C. Y por un tiempo, hasta los discípulos lo frecuentaban (véase Hechos 2.46; 3.1; 5.20, 25, 42; 21.26).

Ya no hay más necesidad de sacrificios adicionales ni de un sacerdote, ya que Cristo ha "...ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados" (Hebreos 10.12; véase Hebreos 7.26-28).

En la muerte de Cristo tuvieron lugar otros sucesos, tales como terremotos y la apertura de sepulcros. Después de la resurrección de Cristo, varias personas resucitaron de la muerte y aparecieron en Jerusalén (véase Mateo 27.51-54). Un centurión, al ver estas cosas, dijo: "Verdaderamente, éste era el Hijo de Dios" (Mateo 27.54; Marcos 15.39; Lucas 23.47). La multitud, al ver lo que sucedía "...se volvían, golpeándose el pecho" (Lucas 23.48).

Como los judíos no querían que los cuerpos (de Jesús y de los dos criminales crucificados con él) colgaran en las cruces en el día de reposo, ellos le pidieron a Pilato que les quebrara las piernas para apresurar su muerte. Pilato envió soldados para que lo hicieran, pero cuando llegaron a Jesús ya había muerto, y por eso "no le quebraron las piernas. Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua" (Juan 19.33, 35). Estas cosas sucedieron para que se cumpliesen las escrituras: "No será quebrado hueso suyo", y "...Mirarán al que traspasaron" (Luan 19.36-37; Éxodo 12.46; Números 9.12; Zacarías 12.10).

La resurrección

Como se estaba aproximando el sábado, uno de los discípulos de Jesús, un hombre rico llamado José, le pidió a Pilato el cuerpo de Jesús. Después de haber recibido el cuerpo, José y Nicodemo envolvieron el cuerpo con lino y especias aromáticas, según la costumbre judía, y lo pusieron en un sepulcro nuevo, cerca del lugar de la crucifixión. El sepulcro fue cerrado con una gran piedra redonda (véase Mateo 27.57-61; Marcos 15.42-47; Lucas 23.50-56; Juan 19.31-42).

Al día siguiente los judíos, al recordar que Jesús había dicho que resucitaría al tercer día, le pidieron a Pilato que sellara el sepulcro y que lo asegurara con una guardia de soldados romanos (una "guardia" se componía de cuatro a dieciséis soldados). Los judíos temían que los discípulos se robaran su cuerpo y luego le dijeran a la gente: "Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero" (Mateo 27.64). Pilato les concedió su deseo y le ordenó a la guardia que asegurara la tumba lo mejor posible (véase Mateo 27.65) para que los discípulos no se pudieran llevar el cuerpo.

Como no hubo suficiente tiempo para preparar el cuerpo para el entierro, algunos de los discípulos decidieron regresar al sepulcro después del sábado para terminar la preparación. Muy de mañana, María Magdalena y la otra María vinieron al sepulcro de Jesús y allí

experimentaron un gran terremoto y vieron un ángel descender del cielo. El ángel “removió la piedra” (Mateo 28.2). Tanto los guardas como las mujeres tenían mucho miedo. Pero, el ángel le dijo a las mujeres: “No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado; No está aquí, pues ha resucitado, como dijo, venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor” (Mateo 28.5-6; Marcos 16.6; Lucas 24.5).

Los evangelios nos hablan de varios encuentros entre Cristo y sus discípulos, poco después de su muerte (véase Mateo 28.16; Marcos 16.12, 14; Lucas 24.13, 36; Juan 20.14-16, 19-24, 30; 21.1-14). En los siguientes cuarenta días, Jesús se reunió varias veces con sus discípulos y con otros (véase 1 Corintios 15.3-8). En este tiempo, los discípulos recibieron la Gran Comisión de parte de Jesús: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28.19-20; Marcos 16.15-16; Hechos 1.8). Hasta que finalmente, cuando estaban reunidos en el Monte de los Olivos, cerca de Betania, llegó el momento de su ascensión. Jesús les explicó que el Espíritu Santo vendría y les daría poder para ser sus testigos en Jerusalén, Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra. Lucas escribió: “Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos”. Y mientras ellos le observaban, “se pusieron ante ellos dos varones con vestiduras blancas...[y] dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Hechos 1.9-11).

Cuando Jesucristo fue tomado para partir al cielo, su ministerio terrenal terminó después de haber durado tres años. Pero él no dejó a sus discípulos solos. El Padre envió al Espíritu Santo en el nombre de Cristo para enseñarles y recordarles sus enseñanzas (Juan 14.16, 26). Esto sucedió en el día de Pentecostés y marcó el comienzo del reino y de la iglesia. Juan, con palabras muy sencillas, nos resume lo que Jesús hizo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3.16-17). Observemos más de cerca lo que Jesús hizo en la siguiente sección.

La muerte de Cristo produjo sufrimiento

Después de su resurrección, Jesús habló con dos de sus discípulos, que iban camino a Emaús, sobre la profecía del Antiguo Testamento,

diciéndoles: “Así estaba escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día” (Lucas 24.46). Durante su ministerio, Jesús habló varias veces sobre su sufrimiento: “Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho...y ser muerto” (Mateo 16.21; Marcos 8.31; Lucas 9.22). “Está escrito del Hijo del Hombre, que padezca mucho” (Marcos 9.12; Mateo 17.12). “Pero primero es necesario que [Jesús] padezca mucho, y sea desechado por esta generación” (Lucas 17.25). “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca!” (Lucas 22.15.) (Su sufrimiento es enfatizado en las siguientes escrituras: Lucas 24.26; Hechos 3.18; 17.3; 26.23; Romanos 8.17; Filipenses 3.10; 1 Tesalonicenses 2.14; Hebreos 2.9-10; 2.18; 5.8; 9.26; 13.12; 1 Pedro 1.11; 2.21, 23; 3.18; 4.1, 13; 5.1.) Las escrituras nos enseñan que Jesús sufrió a pesar de que en él no se halló pecado alguno y por tanto era inocente. Sabemos que los inocentes pueden sufrir, pero no deben ser castigados (sólo los culpables deben ser castigados).

Jesús, en su misericordia por el hombre y en obediencia a la voluntad del amante Padre, estuvo dispuesto a sufrir.

El sacrificio

Primero, al principio del ministerio de Jesús, Juan el Bautista habló de Jesús como el “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1.29). Los que oyeron la frase “el Cordero de Dios”, sabían que él se refería a un sacrificio, especialmente cuando era usada con la frase “que quita el pecado del mundo”. Este Cordero, al igual que los sacrificios del Antiguo Pacto, era perfecto. Él “no conoció pecado...” (2 Corintios 5.21; 1 Juan 3.5; 1 Pedro 2.22). Por tanto, Jesús pudo sufrir en sacrificio por los pecados de los hombres. Pedro escribió acerca de “un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1.19). Y Juan también escribió acerca de “un cordero como inmolado” (Apocalipsis 5.6; Apocalipsis 5.8, 12-13; 6.1). Juan también menciona “a los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han enblanquecido en la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7.14; 12.11; 5.6).

Luego, Pablo dijo que “nuestra pascua [cordero pascual], que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Corintios 5.7) y que Cristo fue como una “ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5.2). El escritor de los Hebreos escribe sobre: “interceder”; Cristo se ofreció “...a sí mismo” (Hebreos 7.25, 27). Cristo “se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo” (Hebreos 9.26). Además, añade “habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados” (Hebreos 10.12, 26).

Pablo usó el término griego *harmatia* (con frecuencia traducido como pecado) en dos lugares (Romanos 8.3 y 2 Corintios 5.21) lo cual puede extrañarnos. Este término, así como su equivalente en hebreo, puede ser traducido como “pecado” u “ofrenda por el pecado”. Los cristianos del primer siglo, al estar familiarizados con su uso en la Septuaginta (el Antiguo Testamento en Griego) por medio de su uso en Levíticos 4, entendían ambos significados. El significado debe ser determinado por su contexto.

Por tanto, cuando Pablo escribe en Romanos 8.3 que “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado [harmatia], condenó al pecado en la carne”, ellos entendían que él fue enviado “por el pecado”, es decir, para dar su vida en la cruz como una ofrenda por el pecado que condenó el pecado del hombre. Las nuevas traducciones llevan este significado. Hay versiones que traducen esta parte de esta manera: “para ser una ofrenda por el pecado”. Y otras versiones lo traducen así: “como un sacrificio por el pecado”⁴. En 2 Corintios 5.21, Pablo escribió que “al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado”, de manera que los cristianos del primer siglo les hubiera sido natural pensar: “lo hizo pecado [harmatia]” significa que la muerte de Cristo es una “ofrenda por el pecado”. Estos cristianos sabían que “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5.19) y que esto sucedió en la cruz. Ellos también sabían que Cristo, el Hijo de Dios, santo y sin pecado, nunca fue mencionado en las escrituras como uno que fue hecho “pecado”.

Muchas veces encontramos que la sangre es mencionada en conexión con los sacrificios del Antiguo Pacto.

En realidad, en el Antiguo Testamento “casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (Hebreos 9.22). La primera referencia al rito de sangre de la pascua involucraba la sangre de algún cordero o de alguna cabra aplicada al marco de la puerta (véase Éxodo 12.7), lo cual salvaba al primogénito del dueño de esa casa (véase Éxodo 11.5). Más tarde, Moisés confirmó un pacto con Dios al tomar la sangre de un toro y rociar la mitad en el altar y la otra sobre la gente, diciéndole: “He aquí la sangre del pacto” (Éxodo 24.8). En la celebración de la Ofrenda de Paz, la sangre del cordero era rociada en el altar (véase Levítico 3.7, 12; 4.7; 17.11).

⁴ La traducción “ofrenda por el pecado” es respaldada por Arndt and Gingrich, Wm. Black, F. F. Bruce, Adam Clarke, Wm. Newell, J. C. Wenger, et al.

En todo el Antiguo Testamento se hacen varias referencias a los sacrificios de sangre. Los significados de estos sacrificios no son explicados. La única explicación es que “la vida de la carne en la sangre está” (Levítico 17.11; 17.14; Génesis 9.4; Deuteronomio 12.23). El significado principal de la sangre es dar vida y no muerte. Jesús enseñó la importancia de la sangre en la relación de Dios con el hombre en la cena pascual. Allí él tomó la copa pascual y dijo: “esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión (perdón) de pecados” (Mateo 26.28; Marcos 14.24; Lucas 22.20; 1 Corintios 10.16; 11.25; 27). Cristo es “el mediador de un mejor pacto” (Hebreos 8.6; 8.8; 10.28; 12.24; 13.20).

Esto había sido prometido desde hacía mucho tiempo (véase Jeremías 31.31), porque el Antiguo Pacto era incompleto. El Nuevo Pacto pondría “mis leyes (las de Dios) en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribi[ría]” (Hebreos 8.10; 10.16). Cristo nos dio “la sangre del pacto eterno” (Hebreos 13.20). En todo el Nuevo Testamento, la obra de Cristo en la cruz enfatizaba la sangre. Esto lo vemos en las siguientes escrituras:

El creyente arrepentido recibe “redención por su sangre, el perdón de pecados” (Efesios 1.7; 2.13; Colosenses 1.14). Somos atraídos por “la sangre de Cristo” (Efesios 2.13). Hemos sido redimidos por “la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1.19). Además, hemos sido ganados “por su propia sangre” (Hechos 20.28). Nosotros somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús...por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Romanos 3.24-25). “Estando ya justificados por su sangre” somos librados de la ira de Dios contra el pecado (Romanos 5.9). Por otra parte, todo esto es posible “por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo” (Hebreos 9.12) para darnos eterna redención. Ya que Dios no recuerda los pecados de los cristianos (véase Hebreos 10.17-18), ellos pueden “entrar en el Lugar Santísimo (el santuario) por la sangre de Cristo” (Hebreos 10.19).

Nosotros somos “justificados en su sangre...fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Romanos 5.9-10; 2 Corintios 5.18-20; Efesios 2.16; Hebreos 2.17). Cristo por medio de él mismo reconcilió “todas las cosas” (Colosenses 1.20; 1.21; Hechos 20.20). Su sangre no sólo nos redime, sino que también nos santifica. Recibimos “santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Pedro 1.2). La palabra de Dios dice que “la sangre de Cristo...limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo” (Hebreos 9.14). Su sangre es “la sangre [que nos hace] aptos para toda buena obra para que [hagamos] su voluntad” (Hebreos

13.20-21). Podemos andar en la luz porque “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado...[nos limpia] de toda maldad” (1 Juan 1.7, 9). Cristo “nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Apocalipsis 1.5). Las escrituras del Nuevo Pacto se refieren muchas veces al tema de Cristo, el Cordero de Dios, como sacrificio. Observemos más de cerca lo que esta obra logró en la siguiente sección.

Los sufrimientos de Cristo

El término griego *huper*, traducido como “por”, es usado en conexión con la obra de Cristo. Esto significa que algo ha sido hecho “en nombre de, por amor a alguien” y no “en lugar de” nosotros (no como un sustituto). Esto quiere decir que Cristo hizo algo en favor de nosotros en el Calvario; o sea, que él sufrió y murió en favor de los pecadores para que ellos pudieran recibir vida eterna. Este acto de sufrimiento fue anunciado por el profeta Isaías seiscientos años antes de que Jesús naciera en Belén. Isaías “vio su gloria [la de Cristo] y habló de él” (Juan 12.41). Isaías dijo que “él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos curados” (Isaías 53.5). Esta profecía mesiánica muestra que los sufrimientos de Cristo en la cruz fueron por amor al pecador.

La palabra *huper* fue usada por Cristo para describir su propia obra en la cruz: “...mi sangre...que por [huper, por amor a] muchos es derramada” (Marcos 14.24; Lucas 22.19-20). Cristo también dijo: “mi carne, la cual yo daré por [huper, por amor a] la vida del mundo” (Juan 6.51). Jesús afirmó que “el buen pastor su vida da por [huper, por amor a] las ovejas” (Juan 10.11; 10.15). Más tarde, Juan escribió: “él [Cristo] puso su vida por [huper, por amor a] nosotros” (1 Juan 3.16). Jesús entendió que él sufría por amor a mí. Hasta el mismo sumo sacerdote “profetizó que Jesús había de morir por [huper, por amor a] la nación” (Juan 11.51-52).

Como Pablo escribió, Cristo “fue entregado por [dia] nuestras transgresiones, y resucitado para [dia] nuestra justificación” (Romanos 4.25). En este caso, él usó *dia*, con el significado de “por motivo de” y no usó la palabra *huper*. Pablo, al igual que otros escritores, usó muchas veces *huper* para describir el efecto de la muerte de Cristo. Por ejemplo: “Cristo, ...a su tiempo murió por [el *huper* griego] los impíos...Cristo murió por [huper] nosotros” (Romanos 5.6, 8, 10; 8.3, 32; Marcos 14.24; Lucas 22.19-20; Juan 6.51; 10.11, 15; 11.51-52; 1 Corintios 15.3; 2 Corintios 5.14-15; Gálatas 1.4; 2.20; 3.13; Efesios 5.2, 25; 1 Tesalonisenses 5.9-10; 1 Timoteo 2.6; Tito 2.14; Hebreos 2.9; 4.12; 5.1; 7.27; 9.24; 10.12; 1 Juan 3.16). El otro término *anti*, “en lugar de” no es usado.

Pedro escribió que “Cristo padeció por [huper, por amor a] nosotros...llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos...” (1 Pedro 2.21, 24; Isaías 53). Esta es una adaptación de Isaías 53 y no una cita literal. (Está más cercana al texto de la Septuaginta que al hebreo). El sufrimiento fue por causa de, por amor al, hombre. Luego, con un énfasis similar, él escribe: “el justo por [huper, por amor a] los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu” (1 Pedro 3.18).

Las frases “llevó él mismo nuestros pecados” (1 Pedro 2.24; Hebreos 9.28) o “llevará las iniquidades de ellos...habiendo él llevado el pecado de muchos” (Isaías 53.11-12) se convierten en unos de los versículos bíblicos más difícil de entender.⁵ Quizá se pueda entender mejor a la luz de lo que aparece en Génesis 15. Dios, en una visión, hizo un pacto con Abraham sobre la práctica caldea de la “senda de sangre”. Ambas partes eran representadas por “un horno humeando” [Dios el Padre] y “una antorcha de fuego” [su Hijo] (Génesis 15.17). Ellos ratificaron su pacto al pasar por entre las dos mitades de los animales (Génesis 15.17-18; Hebreos 9.15). Dios jugó el papel de ambas partes, ya que si Abram se representaba a sí mismo le habría costado la sangre de sus descendientes, si ellos violaban el pacto. Como los descendientes de Abram pecaron, Cristo, metafóricamente, “llevó nuestros pecados” al derramar su sangre por nuestro incumplimiento de guardar el pacto.

La muerte de Cristo nos trajo sanidad espiritual (véase 1 Pedro 2.24) y un mejor y nuevo pacto que incluía poner la ley de Dios en ellos, es decir, en sus corazones (véase Jeremías 31.31-34; Hebreos 8.8-13; 12.24), donde todo creyente puede ser bendecido (véase Isaías 11.10; 42.6; 49.6; 60.3; 61.8-9). El sacrificio de Cristo y su establecimiento del pacto reflejan la relación estrecha que hallamos en el Antiguo Testamento (véase Salmo 50.5).

⁵ Algo que sabemos con seguridad es que los pecados del hombre no fueron transferidos a Cristo. Tal cosa no es enseñada en las escrituras. En primer lugar, en Levítico, los pecados del hombre eran transferidos al macho cabrío que dejaban ir por el desierto y no al macho cabrío que sacrificaban (véase Levítico 16.21-22). Si el pecado hubiese sido transferido a Cristo entonces él no habría sido un sacrificio intachable (Levítico 1.3; 3.1; 4.3). Además, la transferencia levítica era sólo para pecados accidentales o rituales. El hecho de que Jesús dio su sangre fue un acto de amor hacia los hombres y no el resultado de que la ira de su amoroso Padre estaba siendo derramada por nuestros pecados. Su sangre trajo perdón y reconciliación.

En nuestra cultura, en la que se “piensa como los griegos”, nos encanta expresar nuestras ideas con palabras. Sin embargo, los hebreos no siempre hacían esto. Por ejemplo, cuando nos preguntan sobre nuestro Dios, decimos que él es espíritu, santo, amoroso, justo, verdadero, eterno, omnipotente (que todo lo puede), omnisciente (que todo lo sabe), inmutable (que no cambia), etc. Pero los hebreos dirían: “Jehová es mi pastor” (Salmo 23.1); “Jehová, roca mía” fortaleza, libertador, Dios, fuerza (Salmo 18.2).

Con esto en mente, no insistamos en hacer ninguna declaración que no sea bíblica sobre lo que el sufrimiento de Jesús logró en la cruz. El Antiguo y el Nuevo Testamento, también la iglesia primitiva, explicaron lo que involucraba su sufrimiento en la cruz. Tenemos la plena seguridad que su obra enfatizó el amoroso cuidado de Dios por nosotros y que él sufrió por nuestros pecados. Al hacer esto, nosotros podemos contemplar al “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1.29), para que así “vivamos a la justicia; y por cuyas heridas fuisteis sanados. Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas” (1 Pedro 2.24-25). Su obra trajo “gracia y verdad” (Juan 1.17) por la cual agradecemos y alabamos al Señor. Más adelante, Pedro escribe que Cristo “padebió una sola vez por los pecados, el justo por [huper, por amor a] los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 3.18).

Jesús enseñó que él sufrió para redimir al hombre. Él fue el Siervo Sufriente ilustrado en Isaías 53. Isaías usó los términos dolores, herido, abatido (Isaías 53.4, 6) para reflejar los sufrimientos de Cristo. Jesús “no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20.28). “Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día” (Lucas 9.22). Pablo escribió que “hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2.5-6).

Como Adán es el representante de todo hombre y “como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida” (Romanos 5.18-19; 1 Corintios 15.21-22, 45-50). La obra de Cristo fue hecha por amor a nosotros (y no en lugar de nosotros). De este modo, él fue nuestro representante ante el gobierno moral de Dios. De esta manera, Dios pudo perdonar al creyente arrepentido y, a la vez, mantener el control de su creación. Si Dios de una vez hubiera perdonado al hombre, sin la muerte de Cristo, el pecado

no se habría tomado tan en serio. Lo hubiéramos minimizado y, a la vez, hubiéramos pecado constantemente.

Al hacer pactos podemos ver el principio representativo. Dios hizo un pacto con Noé, diciendo: “He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros” (Génesis 9.9). Además, Dios hizo un pacto con Abram. “En aquel día hizo Jehová un pacto con Abram [más tarde nombrado Abraham], diciendo: A tu descendencia daré esta tierra” (Génesis 15.18). “Mi pacto es contigo, y serás padre de muchedumbre de gentes” (Génesis 17.4). Dios también hizo uno con Jacob, el cual fue nombrado Israel (véase Génesis 35.9-10). “No con nuestros padres hizo Jehová este pacto, sino con nosotros todos los que estamos aquí hoy vivos” (Deuteronomio 5.3). Dios no se olvidó de estos pactos (véase Éxodo 2.24; Levítico 26.42; 2 Reyes 13.23; 1 Crónicas 16.15-17; Salmo 105.10).

Veamos otros términos asociados con el “sacrificio” de Cristo.

La teología del sacrificio de Cristo

La palabra **rescate** significa que hay que pagar algo de valor para poder obtener la liberación de algún cautivo. Su uso lo podemos ver en Éxodo 21.30 y en Proverbio 13.8. Jesús usó este término para mostrar cómo el hombre ha sido traído de vuelta a Dios. Al reprender a dos de sus discípulos, quienes buscaban un lugar de prominencia, Jesús les dijo a todos los discípulos que “el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20.27-28; Marcos 10.45).

Más adelante, en la santa cena, Jesús aclara el significado de la palabra rescate. En lo relacionado a la copa, Jesús dijo: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para semisión [perdón] de pecados” (Mateo 26.28; Marcos 14.24; Lucas 22.20). La ofrenda de su vida, es decir, el derramamiento de su sangre, resulta en el rescate y perdón de los pecados de todos los que cumplan las condiciones de fe y arrepentimiento.

Este concepto del rescate fue usado por Pablo cuando él escribió que “hemos sido comprados por precio” (1 Corintios 6.20; 7.23) y que “hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2.5-6). Pedro les escribió a los cristianos del exilio que ellos “fueron rescatados...no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1.18-19).

La palabra redención es usada varias veces en las epístolas. Pablo escribió que “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3.24-25). Por otra parte, aparece que Jesús es “en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados, según las riquezas de su gracia” (Efesios 1.7). Nosotros tenemos el sello del Espíritu Santo que “es las arras [garantía] de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida” (Efesios 1.14). Pablo también hace mención en sus escritos acerca de “el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Colosenses 1.13-14). El autor del libro de los Hebreos escribió: “la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios...por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones...reciban la promesa de la herencia eterna” (Hebreos 9.14-15). Y, siendo similar a la palabra rescate, el significado básico del término es “volver a comprar”.

El verbo “redimir” es también usado en el nacimiento de Juan el Bautista. Zacarías, su padre, profetizó: “Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo, y nos levantó un poderoso Salvador en la casa de David su siervo” (Lucas 1.68-69). Luego, cuando Jesús fue condenado sin causa, los judíos “le entregaron...a sentencia de muerte, y le crucificaron. Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y ahora, además de todo esto, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido” (Lucas 24.20-21).

Tanto el rescate como la redención significan que Cristo dio su vida y resucitó para hacer posible que el hombre pudiera regresar a Dios. En los antecedentes de Israel, estos términos significaban que se debía pagar algo de valor para poder obtener la liberación de algún cautivo (véase Éxodo 21.30; Proverbios 13.8). Por el contacto que los cristianos primitivos tenían con la esclavitud, para ellos estos términos significaban la liberación de alguna persona de la esclavitud. Esto es confirmado por el uso que Pablo le da a una metáfora sobre la esclavitud en Romanos 6, donde explica que “erais esclavos del pecado...fuisteis...libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia...y hechos siervos de Dios...” (Romanos 6.17-18, 22). La misma vida de Jesús, es decir, su sangre, era esta “paga” dada por la liberación del creyente del poder del pecado.

Para entender lo sucedido, nosotros debemos enfocarnos en lo que Cristo hizo y no tanto en las otras áreas de estos conceptos. A muchos les gusta preguntar sobre otros detalles tales como: “¿A quién fue pagado este rescate?” Esta es una pregunta difícil de contestar, porque las

escrituras no nos dan una respuesta directa. Ni el Nuevo Testamento ni la iglesia primitiva formularon una teoría para explicar a quién fue pagado el rescate o la redención, (“volver a comprar”) ni lo que la misma implicaba. Ellos se conformaron con aceptar el hecho sin tener que explicar su forma de operar. Ellos estaban contentos con el hecho de que su Señor y Salvador, el Hijo de Dios, estaba dispuesto a dar su vida para librarlos de las consecuencias del pecado.

Los que se conocen como los Padres Apostólicos hicieron varias declaraciones sobre la obra de Cristo, pero ninguno formuló la teoría que explicara el significado del proceso de volver a comprar. Y no fue sino hasta el décimoprimer siglo que Anselmo desarrolló la Teoría de la Satisfacción, la cual fue seguida por muchas otras teorías. La mayoría de estas teorías contienen errores, porque la Biblia se mantiene silente al respecto. La mejor de sus teorías dice que la muerte de Cristo satisfizo el “gobierno” de Dios y libertó al hombre pecador para que fuese perdonado y pudiera volver a estar en comunión con Dios. Resulta discutible el hecho de que esta teoría sobre la esclavitud signifique que el pago fue hecho para nuestra liberación.

La palabra propiciación se halla en tres citas bíblicas: “Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación [hilaskomai] por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Romanos 3.24-25). “Y él es la propiciación [hilasmos] por nuestros pecados” (1 Juan 2.2). Dios “...nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación [hilasmon] por nuestros pecados” (1 Juan 4.10). La misma terminología griega es usada en Hebreos cuando dice que “los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio [hilasterion]” (Hebreos 9.5). Existen tres traducciones legítimas de la terminología griega: propiciatorio, expiación y propiciación.

En primer lugar, la terminología griega hilasterion, como muchas terminologías del Nuevo Testamento, viene de la Septuaginta Griega del Antiguo Testamento. Es un término usado para la cubierta del arca, el propiciatorio. De manera que cuando los cristianos primitivos leían el Nuevo Testamento, ellos pensaban en el propiciatorio. Este uso lo vemos claramente en Hebreos 9.5 cuando dice que “y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio [hilasterion]” (véase Éxodo 25.17; 35.12; 37.1; 38.5, 8; Levítico 16.13; Número 7.89). En su debido contexto, el uso que Pablo le da a “su sangre” (Romanos 3.25) también lleva una imagen sacrificial.

En el Antiguo Testamento, la sangre del sacrificio era derramada sobre el propiciatorio para cubrir los pecados del pueblo. El libro de los Hebreos nos enseña que así como el sumo sacerdote entraba al Lugar

Santísimo con la sangre del sacrificio, Cristo, también con “su propia sangre, entró una sola vez para siempre en el Lugar Santísimo (el tabernáculo celestial), habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 9.12; véase además Hebreos 9.13-14, 24, 26, 28). Cristo, el Cordero Pascual, ofreció “una vez para siempre un solo sacrificio” (Hebreos 10.12, 14). La sangre de Cristo nos dice que hay perdón y misericordia para los creyentes arrepentidos y, a la vez, Dios puede seguir siendo justo, puesto que los pecados no son pasados por alto.

Otra terminología relacionada es *hilaskomai*, la cual es traducida como *expiar*. Esto dice que él “debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar [*hilaskomai*] los pecados del pueblo” (Hebreos 2.17). A la luz de que “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15.3), resulta lógico pensar que los cristianos del primer siglo entendieran *hilaskomai* como “propiciatorio”.

La palabra *expiación* significa que la muerte de Cristo anula, cubre, quita el pecado. Significa que la muerte de Cristo estaba dirigida hacia la culpa y el pecado del hombre. Como ya hemos explicado anteriormente, la sangre de Cristo fue derramada para que Dios pudiera ser misericordioso y, a la vez, justo. La propiciación significa que la ira de Dios contra el hombre ha sido apaciguada, es decir calmada. La propiciación logra que Dios cambie su actitud hacia los pecadores. La expiación logra que las consecuencias de los pecados del hombre sean eliminadas. La traducción de la palabra propiciación tiene un punto débil. La misma no se aplica necesariamente a la muerte de Cristo que pacifica la santa ira de Dios contra el hombre rebelde. Un Dios santo y amoroso, el Padre, apenas enfocaría su ira en sí mismo, su Hijo.

Wenger resume la palabra propiciatorio con este énfasis: “Así como tuvo que haber sangre derramada y la pérdida de una vida para la ceremonia relacionada al perdón de pecados en la ley mosaica, e incluso un propiciatorio entre la ley quebrantada de Dios y el mismo Yahveh, así mismo, Cristo es el propiciatorio entre sus falibles discípulos y el santo Dios del cielo. Nuestra esperanza de perdón y de vida eterna posa en su sangre derramada, en el hecho de que él dio su vida en la cruz del Gólgota por nosotros, en la ofrenda por el pecado que él le presentó al Padre.”⁶

La reconciliación se refiere a que Cristo capacita a todos los hombres para estar en comunión con Dios y a ser parte de su pueblo escogido.

⁶ J. C. Wenger, *A Lay Guide to Romans* [“Una guía del libro de los Romanos para laicos”], Scottdale, Penna.: Herald Press, 1983, p. 42

Esto lo vemos en las siguientes escrituras: “...en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo...de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación...para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades” (Efesios 2.13-16; Romanos 5.1; Colosenses 1.20-22). “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tamándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (2 Corintios 5.18-19). Gracias a la reconciliación, la enemistad entre el hombre y Dios queda resuelta y se restaura una relación pacífica.

La salvación es otra terminología para describir los resultados de los sufrimientos de Cristo. Y aunque este término es usado con más frecuencia en el Antiguo Testamento, nosotros hallamos su uso principal en el Nuevo Testamento. En Romanos, Pablo usa el término en su tema del libro. Él escribe: “...no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Romanos 1.16). Él también escribe acerca de una “esperanza de salvación...Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonisenses 5.8-9; 2 Tesalonisenses 2.10). En los escritos de Pablo leemos que “la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna” (2 Timoteo 2.10). Además, otro versículo que destaca esta verdad es el que dice que “la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3.15).

El autor de los Hebreos escribe que Cristo “vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5.9). Y Pedro escribe “que la paciencia de nuestro Señor es para salvación” (2 Pedro 3.15). La traducción de la palabra griega para “salvación” es soteria. Es una palabra de la Septuaginta del Antiguo Testamento que lleva el significado de protección, liberación, preservación y seguridad. Esto lo vemos cuando la mujer samaritana le dijo a Jesús que “la salvación viene de los judíos” (Juan 4.22) y también cuando ella dijo que él “es el Salvador del mundo, el Cristo” (Juan 4.42). Hay varias declaraciones sobre Cristo como el Salvador (véase Lucas 1.47; 2.11; Hechos 5.31; 13.23; Efesios 5.23; Filipenses 3.20).

Pablo nos recuerda que nuestro Señor “nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro

Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1.9-10).

Cristó manifestó el amor de Dios por nosotros al morir en la cruz. Tal y como Juan lo resume: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3.16). Pablo escribe del “Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2.20). Y él sigue explicando el amor de Dios al escribir que “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5.6, 8-10). Y entonces, Pablo aclara que la reconciliación es un “don gratuito” y que los creyentes “reinarán en vida por uno solo, Jesucristo los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia” (Romanos 5.17; Romanos 5.15). Ahora, la gracia reina “por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Romanos 5.21).

Por lo que Cristo sufrió en la cruz por nosotros, capacitándonos para el perdón, todo hombre puede ser rescatado, redimido, vencer la carne, ser reconciliado con Dios, tener salvación de sus pecados, etc. Todo esto le trae al cristiano gozo “en Dios por el Señor Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (Romanos 5.11).

Jesús venció a Satanás para que seamos vencedores

Varias escrituras nos enseñan que Jesús venció a Satanás y al poder del mal. Jesucristo, aunque es divino, vino en forma humana, “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2.14-15). “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3.8). Él dijo yo “echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios” (Mateo 12.28). Otras palabras que reflejan esto es cuando la escritura dice que “para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hechos 26.18). Esto fue el cumplimiento de la promesa de Dios al hombre, después de lo que se conoce como la Caída. Jesús era aquél del cual Dios estaba hablando cuando le dijo a Satanás que él (Cristo) “te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3.15).

Esto aquí fue sólo el comienzo de los problemas con Satanás y sus huestes de maldad. Cuando llegue el fin, el diablo será destruido. En el libro de Apocalipsis, Juan escribió: “Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte” (Apocalipsis 12.10-11).

La muerte de Cristo capacita a los cristianos para vencer la “carne”, o sea la “naturaleza pecaminosa”. Como escribió Pablo: “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6.6). “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. [Por esto], no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Romanos 6.11-13).

Pablo, al escribir acerca de sus propias experiencias, dijo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2.20). Luego, él escribió: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el del Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis” (Gálatas 5.16-17). Además, él también escribió: “los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5.24).

4. Jesús y la palabra escrita

Introducción

Como ya hemos visto, Dios creó al hombre a su imagen, pero la desobediencia del hombre destruyó esta relación íntima con su Creador. Dios prometió que él redimiría al hombre de su pecado; tal redención, al final, llegó a través del Mesías.

La respuesta a la búsqueda del hombre por autoridad religiosa se halla en la revelación de Dios de sí mismo en los acontecimientos históricos asociados a su plan redentor para el género humano. Hoy tenemos el conocimiento de estos acontecimientos históricos en la Biblia, la cual nos muestra la relación que estos acontecimientos históricos tienen con la palabra escrita. Aunque suponemos que hay una unión evidente entre ambos, la misma raras veces es explicada. Nosotros no debemos tomar un punto fundamental de la fe cristiana como algo dado por hecho, sino que debemos entender claramente cómo se relacionan.

La palabra escrita

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo”, así escribió el autor de los Hebreos (Hebreos 1.1-2). Dios, en el Antiguo Testamento y por medio de sus profetas, habló de la futura redención, pero en el Nuevo Testamento él nos ha hablado por medio de Jesús, el Hijo de Dios.

Juan, en su evangelio, describe estos acontecimientos históricos de esta manera: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella” (Juan 1.1-5). Esta escritura nos enseña que Cristo hizo que el plan de redención de Dios fuera posible. Como ya hemos visto, Cristo era el Verbo hecho carne, el cual nos dio vida por medio de su muerte y resurrección.

El Hijo nos ha revelado de forma clara el “misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan

a la fe” (Romanos 16.25-26). Este misterio es el Nuevo Pacto que Cristo instituyó mientras lo explicaba en la santa cena, en la que tomó la copa y se la dio a sus discípulos diciéndoles que “esto es mi sangre del nuevo pacto [testamento], que por muchos es derramada para remisión [perdón] de pecados” (Mateo 26.28).

El escritor de los Hebreos citó el Antiguo Testamento para mostrar que esto ya había sido profetizado de antemano: “...estableceré...un nuevo pacto” (Hebreos 8.8). Este mismo escritor escribió que Cristo es el “mediador de un nuevo pacto, para que...los llamados reciban la promesa de la herencia eterna” (Hebreos 9.15). La traducción en latín del término griego *kaine diatheke* es “nuevo pacto” lo cual significa Nuevo Testamento. La relación entre “pacto” y nuestro uso de la palabra “testamento” la podemos ver en el uso que Pablo le da al término antiguo pacto, al escribir: “cuando [los judíos] leen el antiguo pacto, ...hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés” (2 Corintios 3.14-15; 2 Corintios 3.6; Hebreos 8; Hebreos 9), para referirse a una parte del Antiguo Testamento.

Hasta nuestros días no se conoce ningún escrito de Jesús. La única prueba de que Jesús haya escrito algo alguna vez la hallamos en Juan 8.1-11, donde él escribió algunas palabras con su dedo en la tierra. Ya que esto es así, ¿cómo su palabra puede ser identificada con el canon de los veintisiete libros del Nuevo Testamento?⁷ Al principio parece que el esfuerzo por construir una relación entre los acontecimientos históricos y el canon del Nuevo Testamento es un asunto posterior. La primera lista de los veintisiete libros canonizados en el Nuevo Testamento no fue hecha sino hasta el 367 d.C., cuando el obispo Anastasio de Alejandría los registró en su carta anual de Semana Santa para la iglesia. Y no fue sino hasta el quinto siglo que las disputas sobre cuál libro pertenecía al canon cesó del todo.

Hay quienes creen que la fecha tardía de esta lista es prueba de que la canonización del Nuevo Testamento se dio después de los acontecimientos históricos de la redención y que, por lo tanto, debe ser considerada como parte de la historia de la iglesia. Sin embargo, hay otro

⁷ El término “canon” proviene del término griego *kanon*, el cual se origina de la raíz semítica *kane*, que significa “caña”. Este término a veces fue usado con el sentido de “vara de medir o regla”. Pablo usó el término en Gálatas, cuando escribió: “Y a todos los que anden conforme a esta regla [*kanon*], paz y misericordia” (Gálatas 6.16). Aquí él se refiere a los que no le daban valor a la circuncisión o incircuncisión, sino que se interesaban en la “cruz de nuestro Señor Jesucristo” y en la “nueva creación”. Desde el siglo cuarto, la palabra *canon* ha sido usada para referirse a la colección de las Sagradas Escrituras.

punto a considerar: ¿Qué hace que los veintisiete libros del Nuevo Testamento sean la palabra de Dios revelada al hombre? La respuesta descansa en la relación que estos libros tienen con Jesucristo y la actitud de la iglesia primitiva hacia estos libros.

Jesús inspira a sus apóstoles a que escriban

Jesucristo proveyó los medios para que su palabra fuese predicada en todo lugar y a toda generación futura. Él llamó a los apóstoles a seguirle, a “salir” de sus otros intereses y a aprender de él. Estos apóstoles fueron comisionados a predicar, diciendo: “El reino de los cielos se ha acercado”. La predicación de ellos sólo era para adoctrinar a la casa de Israel, así como Cristo fue solamente a ellos. Después de la resurrección del Señor, los apóstoles fueron enviados a todo el mundo. Y ellos recibieron “autoridad sobre espíritus inmundos...y para sanar toda enfermedad y toda dolencia”. Además, su autoridad era para hacer algunas de las cosas que Cristo mismo hizo a modo de confirmar la fuente de la predicación de ellos (véase Mateo.10; Marcos 3.13-19; Lucas 6.12-16). Después de la resurrección del Señor, los apóstoles fueron enviados a todo el mundo.

Jesús les prometió a sus discípulos que después que él regresara al Padre, les ayudaría a recordar sus enseñanzas. Él les prometió el “Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14.26). Esta promesa es muy importante, ya que une el recuerdo que los discípulos tuvieron de las palabras de Jesús con el propio Jesucristo. Él prometió que el Espíritu Santo guiaría a los apóstoles en sus escritos y enseñanzas, para capacitarlos a recordar y enseñar todas las cosas que él les había enseñado. Esta promesa fue dada otra vez, antes de su ascensión, cuarenta días después de su resurrección (véase Hechos 1.8).

Cuando se aproximaba el final de su ministerio terrenal, Jesús oró por sus apóstoles y discípulos. Él dijo que ya había “acabado la obra” que su Padre le había encomendado (véase Juan 17.4). Jesús continúa orando al Padre: “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra...porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste” (Juan 17.6, 8).

Jesús repitió las palabras: “Yo les he dado tu palabra” (Juan 17.14). Y más adelante, él añadió: “Santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad” (Juan 17.17). Jesús se santificó, es decir, se consagró a sí mismo, “para que también ellos sean santificados en la verdad” (Juan 17.19). Jesús

también oró: “por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” (Juan 17.20). De manera que nosotros podemos ver que los apóstoles recibieron la palabra y el Espíritu Santo como guía para que enseñaran y escribieran la palabra que hoy conocemos como el Nuevo Testamento. Por tanto, la palabra escrita tuvo su origen en el Cristo viviente.

Ya los apóstoles sabían de este “poder especial de abogacía” para representar a Cristo y la guía del Espíritu Santo para ayudarles a llevar a cabo la obra. El apóstol Pablo les escribió a los Tesalonicenses: “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1 Tesalonicenses 2.13).

Y a los Corintios, él les escribió: “lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu” (1 Corintios 2.13). Pablo escribió que él no era “como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo” (2 Corintios 2.17). Y siendo que él lo recibió de Cristo, Pablo les pudo decir a sus lectores que reconocieran “que lo que os escribo son mandamientos del Señor” (1 Corintios 14.37; 2 Corintios 7.10). Además, que si “alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, a ése señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence” (2 Tesalonicenses 3.14).

Pablo también dio muchas indicaciones más de que él había recibido su mensaje de Cristo (véase Hechos 9.3-6; 1 Corintios 15.8; Gálatas 1.12; Efesios 3.3) y de que “ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu” (Efesios 3.5). La iglesia está edificada “sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo, Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor” (Efesios 2.20-21). Cristo es la piedra principal y los apóstoles edifican sobre él para establecer las verdades fundamentales que han de guiar a la iglesia.

El autor del libro de Hebreos también escribió de cómo el mismo Espíritu Santo guió a los apóstoles: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimiento del Espíritu Santo según su voluntad” (Hebreos 2.3-4). Juan escribió que su función como apóstol era traerles la Palabra de Vida, eso es, introducir al Divino Mensajero, Jesucristo, a los discípulos:

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocando al Verbo de vida ...; lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido” (1 Juan 1.1-5).

Los apóstoles, a excepción de Pablo, estuvieron con Jesús en todo su ministerio y escucharon sus enseñanzas. Luego, ellos escribieron los detalles de su ministerio y de los mensajes que de él escucharon, para darnos la palabra de Dios traída por Jesucristo.

Pedro escribió: “...para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles” (2 Pedro 3.2). También Juan sintió la dirección del mismo Espíritu Santo; él escribió: “La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que han de pasar pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 1.1-2; 1.10-11, 19; 2.1; 4.2; 14.13; 19.9; 21.5). Estas escrituras nos dan a entender que los apóstoles estaban conscientes de la dirección que recibieron que los capacitaba para escribir con la autoridad de Cristo.

Este fue el método que Cristo estableció para comunicar su palabra en áreas distantes y a los siglos venideros.

En la actualidad sabemos acerca de Cristo Jesús, de su obra redentora y de su revelación gracias a los escritos de los apóstoles y sus colegas. La palabra escrita tiene su origen en el llamado y la comisión que Cristo le dio a sus apóstoles; la palabra no puede ser separada de Cristo y su Santo Espíritu.

De la tradición oral a la palabra escrita

Las dos formas básicas de comunicación que tenemos son la oral y la escrita. Los apóstoles usaron ambas para ejercer el “poder especial de abogacía” que ellos tenían para exponer la palabra de Cristo. La forma oral de comunicar la palabra de Dios ha sido la forma más antigua usada por los apóstoles y data del tiempo de la primera comisión que recibieron para “predicar” (véase Mateo 10; Marcos 3.13-19; Lucas 6.12-16). Durante los primeros años, la predicación apostólica tuvo un lugar de gran importancia. Ya que la comunicación oral es de tanta importancia y que Cristo autorizó a los apóstoles a que la usaran, nosotros debemos entender su concepto neotestamentario.

El Nuevo Testamento tiene muchas referencias a la forma oral de comunicación de los apóstoles. Lucas escribió que “las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas” nos la “enseñaron” (a Lucas y a sus contemporáneos) “los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra” (Lucas 1.1-4). Parece que muchos de esos testigos oculares le contaron a Lucas sobre la vida de Jesús, sus enseñanzas, muerte y resurrección.

El libro de los Hechos contiene muchos ejemplos de la comunicación oral en la iglesia apostólica. El primer ejemplo es el sermón Pentecostal de Pedro, cuando él “alzó la voz y les habló diciendo: ...esto os sea notorio, y oíd mis palabras” (Hechos 2.14; 2.22, 40). Otro ejemplo es el registro de Lucas sobre la oración de la iglesia primitiva, cuando se le pide a Dios “concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús”. Dios respondió a su oración, y ellos hablaron “con denuedo la palabra de Dios” (Hechos 4.29-31).

Frecuentemente, los apóstoles hacían milagros como el caso en el que ellos fueron milagrosamente librados de la cárcel. A ellos se les ordenó que fueran al templo y que anunciaran “al pueblo todas las palabras de esta vida” (Hechos 5.20). Luego, los doce apóstoles les informaron a los otros discípulos cómo ellos no querían dejar de predicar “para servir a las mesas”. Ellos querían ayudantes para poder persistir mejor en “la oración y en el ministerio de la palabra”. El resultado fue que “crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén” (Hechos 6.2-7).

Existen otras referencias a las comunicaciones orales de los apóstoles: “Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes predicando el evangelio” (Hechos 8.4); “Y ellos, habiendo testificado y hablado la palabra de Dios...anunciaron el evangelio” (Hechos 8.25); “...los gentiles habían recibido la palabra de Dios” (Hechos 11.1); “...la palabra del Señor crecía y se multiplicaba” (Hechos 12.24); “...se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios” (Hechos 13.44); “...era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios” (Hechos 13.46); “...enseñando la palabra del Señor y anunciando el evangelio” (Hechos 15.35); “...el Señor nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio” (Hechos 16.10); “...le hablaron la palabra del Señor” (Hechos 16.32); “...enseñándoles la palabra de Dios” (Hechos 18.11); “...crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor” (Hechos 19.20). Estas escrituras nos muestran que los apóstoles sabían que ellos y otros más les estaban predicando la palabra de Dios a la gente. Este importantísimo medio de propagar la palabra continuó por toda la era apostólica.

En las epístolas también hay referencias a la forma de comunicación oral. Pablo estuvo un año y medio en Corinto “enseñándoles la palabra de Dios” (Hechos 18.11). Esta enseñanza oral era eficaz porque en una carta a esta iglesia, él escribió: “Os alabo, hermanos, porque en todo os acordáis de mí, y retenéis las instrucciones tal como os las entregué” (1 Corintios 11.2). Pablo les escribió a los cristianos de Tesalónica: “...estad firmes, y retened la doctrina que habéis aprendido, sea por palabra, o por carta nuestra” (2 Tesalonicenses 2.15). Judas también escribió que cuando él estaba solícito “en escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3). Pablo enseñó por la palabra oral; y la fe de la que Judas escribió que había sido “dada a los santos” tal vez también sea una referencia a la palabra oral.

5. Jesús instruye a través de sus apóstoles

En el primer capítulo de este libro, nosotros abordamos lo que Jesús enseñó con relación al reino de Dios: el arrepentimiento, la fe, el nuevo nacimiento, el discipulado, etc. Ya que muchos no entienden todo lo que estas enseñanzas verdaderamente implican, estudiemos lo que los Hechos y las epístolas enseñan sobre estos temas.

La gracia

Anteriormente notamos que Juan había dicho que Cristo nos había traído “gracia y verdad” (Juan 1.14, 17) y que habíamos recibido “gracia sobre gracia” (Juan 1.16). Hagamos un estudio más cuidadoso sobre la gracia.

La gracia es definida como: “La influencia divina en el corazón, y sus reflejos en la vida” (Strong’s Exhaustive Concordance of the Bible). La definición del diccionario refleja el concepto bíblico de la gracia como: “Asistencia divina inmerecida dada a los hombres para su regeneración o santificación” (Traducción de la definición dada en el diccionario del idioma en inglés, Webster’s Ninth New Collegiate Dictionary). Es un “favor inmerecido” y, a la vez, es mucho más que eso.

La gracia regenera al pecador para que se convierta en un santo. La salvación está a nuestra disposición por medio de la gracia de Dios, la cual es dada por medio de la fe. Pablo escribió que somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Romanos 3.24-26; 4.16; 5.2; Efesios 2.8). La ley mosaica no pudo justificar: “Por tanto, es por fe, para que sea por gracia” que somos justificados (Romanos 4.16).

Después de Pablo haber analizado el tema de la justificación por medio de la fe y la gracia en Romanos, él enfatizó el efecto que la gracia tiene en los creyentes. Él hizo esto al responder a la pregunta: “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?” (Romanos 6.1). Su respuesta fue: “En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos en él?” (Romanos 6.2.) Él explicó que “somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así

también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6.4). Y él continuó explicando que “nuestro viejo hombre [el yo] fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6.6). Por esto “el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6.14). El capítulo 6 claramente nos muestra que la gracia es lo suficiente poderosa como para producir vida nueva en los cristianos para que no vivan en pecado.

La gracia produce un cambio en la persona, y si no hay cambio es porque tal persona no está bajo la gracia. Como Pablo escribió: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe...es don de Dios...Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2.8-10). La prueba de la gracia es un corazón cambiado que produce buenas obras. Vemos este aspecto de la gracia acentuado en la carta de Pablo a Tito: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación...enseñandonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente...nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, ... se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2.11-14; véase Tito 3.4-8).

Existen varias escrituras que nos revelan cómo la gracia produce cambios en el creyente. Notemos algunas de ellas:

La vida de Pablo es un ejemplo impresionante de la gracia en acción. Él perseguía a los cristianos, pero la gracia lo desvió hacia otro camino (véase Hechos 9). Jesús envió a Pablo a los gentiles, diciéndole: “...para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hechos 26.18). Pablo recibió la gracia necesaria para cumplir su misión. Años más tarde, él escribió sobre esta gracia. Es por medio de Jesucristo, nuestro Señor, que recibimos “la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones” (Romanos 1.5). Él les dijo a los corintios que él había ido a ellos “con sencillez y sinceridad de Dios...con la gracia de Dios” (2 Corintios 1.12).

Pablo escribió que conforme “a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento” para ayudar a construir esta iglesia (1 Corintios 3.10). Él había perseguido a la iglesia, y escribió: “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios que fue conmigo” (1 Corintios 15.10). Pablo le explicó a los efesios que Dios lo había hecho a él ministro del evangelio “por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder”

(Efesios 3.7). La gracia fue aquella fuerza que transformó a Saulo el perseguidor en Pablo, un apóstol y siervo del Señor. No fue sino la gracia de Dios la que produjo en él la santidad de vida que los hermanos podían ver.

Existen varios ejemplos de cómo la obra de la gracia afecta a grandes multitudes de personas. En Antioquía, el evangelio fue predicado a los gentiles y “gran número creyó y se convirtió al Señor” (Hechos 11.21). Cuando la iglesia de Jerusalén escuchó esto, enviaron a Bernabé a investigar lo que había pasado. Y cuando él “llegó, y vio la gracia de Dios”, supo que Dios estaba obrando entre ellos (véase Hechos 11.23).

En el Concilio que se dio lugar en Jerusalén, cuyo propósito era decidir qué relación tenían los judíos con la ley, Pedro declaró que el Espíritu Santo estaba “purificando por la fe sus corazones [el de los gentiles]” (Hechos 15.9). Y entonces, él dijo: “...creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos” (Hechos 15.11). Por esto podemos ver que la limpieza y la gracia están íntimamente relacionadas.

En Efeso, Pablo concluyó el discurso que le estaba dando a un grupo de ancianos encomendándoles “a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificarlos” (Hechos 20.32). Estos líderes no tenían que quedarse estancados; la gracia era capaz de perfeccionarlos.

A los cristianos de Corinto, Pablo les escribió que él estaba agradecido “por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús” para que fuesen enriquecidos (1 Corintios 1.4). Estos gentiles eran de descendencia pagana y por la gracia de Dios habían obtenido vidas nuevas y enriquecidas como santos. Sí, la iglesia en Corinto tenía sus problemas, pero los hermanos corintios debían encargarse de resolverlos y seguir creciendo. Pablo les dijo: “...tened gozo, perfeccionaos, consolaos, sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros...La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2 Corintios 13.11, 14).

Después de lo que se conoce como la Caída, Dios no dejó al hombre en una condición pecaminosa y sin esperanza. A causa del amor de Dios, Cristo dio su vida y resucitó para justificarnos a todos por medio de la gracia. En la actualidad, todos podemos recibir la misma gracia en nuestras vidas y ser perdonados, santificados y andar en vida nueva al igual que los discípulos de Jesucristo.

El arrepentimiento

Anteriormente demostramos que Jesús enseñó sobre el arrepentimiento. Ahora demostraremos que el arrepentimiento fue parte de las enseñanzas de los apóstoles y vamos a notar todo lo que éste implica.

Después que Pedro predicó su primer sermón, sus oyentes “se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?” (Hechos 2.37). Él les respondió: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hechos 2.38). Y en su segundo sermón, él predicó: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3:19). Algunas Biblias lo traducen como: “Dejen de pecar y vuelvan a obedecer a Dios”. Luego, al explicar el significado de la muerte de Cristo, Pedro dijo: “A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Hechos 5.31).

Cuando Simón le ofreció dinero a Pedro para comprarle los dones de Dios, los cuales distinguían la Era Apostólica, Pedro le dijo: “...tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizá te sea perdonado el pensamiento de tu corazón” (Hechos 8.21-22). Tanto el corazón como las acciones de Simón necesitaban un cambio, él necesitaba arrepentirse.

El arrepentimiento no era sólo para Israel: “¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!” (Hechos 11.18.) Pablo les dijo a los atenienses que Dios “ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hechos 17.30). A los líderes de la iglesia de Efeso, Pablo les testificó acerca del “arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20.21). Más tarde, cuando hablaba con el rey Agripa sobre los gentiles, le dijo que les había predicado: “...que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento” (Hechos 26.20).

En el libro a los Romanos, Pablo escribió que el hombre no debe contar sólo con la bondad, paciencia y tolerancia de Dios para escapar de las consecuencias del pecado. Como Pablo escribió, el hombre debe entender “que su benignidad te guía al arrepentimiento” (Romanos 2.4). Nadie debe temer el juicio, porque Dios, en su bondad, está dispuesto a otorgarnos el arrepentimiento; si rechazamos las Buenas Nuevas de salvación seremos condenados.

Cuando uno ve lo que la santidad y la bondad de Dios requieren y reconoce su propia pecaminosidad entonces debe contristarse. Y esta angustia debe causar una contrición “para arrepentimiento...Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación” (2 Corintios 7.9-10).

Pedro escribió sobre el juicio que un día todos enfrentaremos, diciendo: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro

3.9). El Señor es paciente y desea que nadie perezca. Él está esperando misericordiosamente que nos arrepintamos. El día del juicio vendrá como ladrón en la noche (véase 2 Pedro 3.10), y si alguien rechaza el llamado de Dios al arrepentimiento entonces tendrá que sufrir las desastrosas consecuencias.

La fe

El Señor habló muchas veces de la necesidad de creer que él es el Mesías y de aceptar sus enseñanzas. Ahora, notemos cómo los discípulos, por medio de la dirección del Espíritu Santo, entendieron el sustantivo “fe” y el verbo “creer”.

En primer lugar, veamos cómo el escritor de Hebreos definió la fe. Él escribe: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11.1). “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios” (Hebreos 11.3). La palabra griega “certeza”, en algunas versiones es traducida como “sustancia”. Hebreos 11.6 nos describe dos ingredientes de la fe: que Dios existe y que galardonará a los que le buscan. La fe es la confianza o la realidad de las cosas que se esperan y la evidencia o la prueba de que Dios existe. La fe no es una aceptación ciega de la existencia de Dios y/o su palabra. La fe está fundada en los indicios cristianos, pues, Dios nos ha dado suficientes razones para asegurarle al hombre de que el cristianismo es verdadero. Por tanto, nosotros podemos saber que hay un Dios y que podemos conocerle (véase Romanos 8.22; 1 Corintios 1.5; Gálatas 4.9; Efesios 1.17-18; Filipenses 3.10; 1 Timoteo 2.3-4; 2 Timoteo 1.12; 1 Juan 5.19). La palabra escrita juega una parte importantísima en el ser “renacidos...por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1.23, 25).

En el capítulo 11, el escritor de Hebreos no está dando una definición formal de la fe, sino más bien está hablando de algunas de sus características. Hebreos 11.6 indica que el que le busca debe tener fe o creer en Dios, aunque no le haya visto. El que le busca también debe creer que Dios juzgará a todo el mundo, pero que galardonará a los que le buscan. Si al que busca le faltan estos dos ingredientes de la fe, él no hará gran esfuerzo en buscar la redención de Dios. Hebreos 11 nos da muchas ilustraciones de la fe en acción.

Otro énfasis es que la fe es propia de la gracia y la gracia produce justificación: “Por tanto, es por fe, para que sea por gracia” (Romanos 4.16) que somos justificados. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia” (Romanos 5.1-2). Este énfasis de

la fe lo hallamos en muchos otros lugares (véase Gálatas 2.16; Filipenses 3.9; Efesios 2.8-9; Hebreos 10.38-39).

El tema principal de Romanos es la justificación por la fe. “[El] evangelio...es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree...en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá” (Romanos 1.16-17). En algunas versiones, la traducción de esta frase ha sido influenciada por la traducción que Wycliffe hizo en el año 1380 del texto en latín de Habacuc 2.4. En Griego, literalmente dice: “Pero, el que es justo por la fe vivirá” (compare Romanos 1.17). La fe es un requisito porque nadie puede redimirse a sí mismo por la obediencia a la ley “ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Romanos 3.20; compare Romanos 4.13-15). Pero, “la justicia de Dios [es] por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él” (Romanos 3.22).

Otra cualidad de la fe es la confianza. El término griego *pistis*, que traducido es “fe”, significa “confiar”. Como podemos ver, la fe incluye confiar en Dios, en Jesucristo y en la palabra de Dios. Esto implica decir: “...Yo confiaré en él...para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte” (Hebreos 2.13-14; Efesios 1.12-13). El Antiguo Testamento enfatiza la confianza, y una de sus figuras centrales, Abraham, es un excelente ejemplo de la fe y la confianza en Dios. Por ejemplo, cuando Abraham tenía noventa y nueve años y aún no tenía hijo, Dios se le apareció y le dijo: “...serás padre de muchedumbre de gentes” (Génesis 17.4). Aunque a Abraham, ya de noventa y nueve años y sin hijo, le fue difícil entender cómo Dios cumpliría su promesa, él creyó a Dios y Dios fue fiel. Cuando Abraham tenía cien años de edad, Sara le dio a luz “un hijo en su vejez” (Génesis 21.2, 12).

La fe de Abraham en Dios fue probada más allá de cualquier experiencia normal. Él había creído que el Señor le daría una descendencia tan numerosa como las estrellas. Y cuando el Señor le ordenó que llevara a su hijo Isaac a Moriah para ofrecerlo como ofrenda de sacrificio (véase Génesis 22.2), Abraham obedeció. Y ya cuando Abraham iba a sacrificar a su hijo, un ángel del Señor se le apareció y le ordenó que no tocara al niño, “porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único” (Génesis 22.12). Pablo usó el ejemplo de Abraham para ilustrar la justificación por fe (véase Romanos 4; Gálatas 3).

Confiar no es tener “fe” en algo desconocido. Es como Pablo escribió: “...yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Timoteo 1.12; Gálatas 4.9; Efesios 1.17-18; 1 Timoteo 2.4). La confianza está simentada en el conocimiento basado en los milagros e indicios necesarios (véase Juan

20.30-31). El cristiano es capaz de conocer a Dios porque él le da la gracia y el conocimiento necesario para eso.

La fe también incluye todas las enseñanzas cristianas: "...confirmados en la fe..." (Colosenses 2.7); "...he guardado la fe..." (2 Timoteo 4.7); "...obedecían a la fe" (Hechos 6.7; Gálatas 6.10; Efesios 4.5; 1 Timoteo 4.1). Por tanto, la fe incluye: el arrepentimiento, el nuevo nacimiento y el discipulado. Es decir, todas estas verdades importantes. Así es que la fe refleja el contenido total de las enseñanzas de Cristo.

El nuevo nacimiento

Como ya hemos notado, el arrepentimiento incluye un cambio radical tanto en la mente como en el corazón. La gracia de Dios produce un arrepentimiento que efectúa un "nuevo nacimiento". Ya hemos notado que Cristo dijo que "el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Juan 3.3). Al explicar cómo uno puede nacer de nuevo, Jesús dijo que "el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es" (Juan 3.5-6; compare 1 Pedro 2.11).

En su epístola, Juan escribió dos veces sobre "ser nacido de Dios". Él escribió: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios" (1 Juan 3.9-10). Y casi al final del libro, él escribió: "Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca" (1 Juan 5.18). Si alguien es nacido de Dios, no le desobedece como un hábito continuo. Esto no quiere decir que el cristiano no pueda fallar a veces, pero cuando esto sucede y "confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1.9). Dios es siempre misericordioso y bondadoso para con sus hijos. Y si fallamos, él nos perdona y nos limpia al confesar nuestros pecados y abandonarlos.

Los escritos de Pablo nos ayudan a entender el nuevo nacimiento. Él escribió que los que "son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz" (Romanos 8.5-6). Nuestros deseos carnales son producto de la naturaleza pecaminosa que hemos heredado. Luego, Pablo declara: "Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros". Y él también expresa que "si vivís

conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8.9, 13). “Morir” hace que la vida cese, o sea es detener algo, es eliminar; por tanto, el cristiano tiene un nuevo andar. El Espíritu Santo le concede vida nueva.

Pablo les expresó lo mismo a otros. A los corintios, él les escribió: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5.17). A los efesios, les escribió que el cristiano es un: “...nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4.24; compare el capítulo 2). Por eso, el nuevo hombre es restaurado a la posición que tenía antes de la Caída y llega a ser justo y santo. El nuevo hombre “conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3.10).

En la carta de Pablo a Tito, como ya hemos mencionado, Pablo escribió que “la gracia de Dios se ha manifestado para salvación...enseñándonos que...vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente...aguardando...[a] nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2.11-14; compare 3.1-3). La nueva vida en Cristo, por su gracia transformadora, se diferencia, en gran manera, a la vieja vida pecaminosa. Pero, ¿por qué el cambio? Pablo escribió: “Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó...por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3.4-5). El cambio fue debido a la bondad, amor y misericordia de Dios; todo lo cual está en acción mientras el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo lo otorgan.

La “regeneración” es la traducción del término griego *palingenesias*. Es una palabra compuesta de *palin*, que significa “de nuevo” y *genesis*, que significa “nacer”. De manera que esta palabra significa “nacer otra vez” o “nuevo nacimiento”. Esto es lo que se ve como el nacimiento espiritual y moral de la persona. Es el resultado del “derramamiento” (vertir) del Espíritu Santo en nosotros a través de Jesucristo. El Espíritu Santo es el agente que regenera y santifica la vida vieja e impía en una vida nueva.

La terminología santificar significa “consagrar”, y esto se logra por la obra del Espíritu Santo en la persona (véase Romanos 15.16; 2 Tesalonicenses 2.13; 1 Pedro 1.2). La meta de la redención que Jesucristo nos ha traído es que seamos santificados (véase Juan 17.17, 19; 1 Corintios 1.2, 30; 6.11; Efesios 5.26-27; compare Efesios 4.23-24; 1 Tesalonicenses 4.3; 5.23; Hebreos 2.11; 10.10; Judas 1). La redención nos libra del pecado y nos lleva a una vida santa (véase Romanos 6.19,

22; 2 Corintios 7.1; Efesios 1.4; 1 Tesalonicenses 3.11; 4.7; Hebreos 12.10; 12.14; 1 Pedro 1.15-16).

Pedro escribió: “Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu...siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios” (1 Pedro 1.22-23). Y él siguió escribiendo: “...como niños recién nacidos, [tomad] la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 Pedro 2.2). Aunque el cristiano es sometido a un nuevo nacimiento radical, como bebé recién nacido todavía necesita seguir creciendo en Cristo.

El discipulado

El nuevo nacimiento nos lleva al discipulado. Y como ya hemos expresado, el discípulo es un aprendiz, un alumno, un seguidor, un principiante, etc. Los discípulos de Cristo siempre deben estar entregados a las enseñanzas de Cristo y dispuestos a seguir el estilo de vida que él quiere que vivan. Como ya hemos visto, Jesús a menudo les predicaba a sus discípulos y seguidores todo lo relacionado con el evangelio. En los evangelios, la palabra discípulo(s) se usa más de 220 veces y en Hechos la terminología se usa unas 30 veces, dando a entender que esta terminología era usada con frecuencia por la iglesia. Pero es interesante notar que la palabra discípulo, o cualquier otra forma de la palabra griega *mathetes*, no es usada en el resto del Nuevo Testamento. No sabemos el porqué. En el uso común del idioma griego, *mathetes* se usa para los aprendices que tienen contacto directo con su instructor.

Por tanto, esta palabra hace referencia directa al estado de los seguidores de Cristo mientras él estaba en la tierra. Pero, en otro sentido, nosotros, los que no hemos conocido a Cristo en la carne, somos sus discípulos también. Sin embargo, en griego sería raro que nos llamen “discípulos”, a menos que amplíemos un tanto el uso de esa palabra. No obstante, en Hechos la terminología es ampliada de acuerdo a la palabra hebrea *talmid*, que es “alumno, seguidor, una persona fiel a cierta tradición”. Un *talmid chachamim* es un alumno de un sabio, es decir, alguien fiel a las tradiciones que le han transmitido⁸.

Nuestro concepto del discipulado se deriva de las escrituras, pero no está exclusivamente basado en el uso bíblico de la palabra. Este concepto resume de manera hermosa lo que el cristiano es y por tanto lo podemos usar como parte de nuestra terminología moderna.

⁸ Robert Veen, carta personal, *Jan. 2, 1999*, (2 de enero, 1999).

No es de sorprender que la palabra discípulo no sea usada en las epístolas porque ellas son dirigidas a cristianos “llamados a ser santos” (Romanos 1.7; 1 Corintios 1.2; compare Efesios 1.1; 2.19; 4.12). La terminología santo es usada más de 60 veces en las epístolas. En los evangelios es usada una vez para hablar de aquellos “santos” del Antiguo Pacto que salieron de los sepulcros cuando Cristo murió (véase Mateo 27.52). Junto con la palabra santo(s), los términos creyente (véase Hechos 5.14; 1 Timoteo 4.12) e iglesia(s) también son usados.

En estas palabras, el significado abstracto de la palabra discípulo está repleto de términos que se refieren a nuestro estado ante Dios y nuestra misión en este mundo. Discipulado es la palabra que incluye todos estos significados (teológicos, no bíblicos) en un término. También se refiere, con más exactitud, a cómo los que están fuera de la iglesia nos podrían llamar: seguidores de Cristo, sus discípulos. Esa es la base para su uso en Hechos. En el lenguaje religioso del primer siglo se emplea una palabra ordinaria para describir varios elementos particulares de Jesucristo, el cual es el Maestro (sufrir con él, etc.). Pero, nosotros tenemos el derecho de usarla en un sentido que no sea bíblico, como palabra clave para expresar el significado de ser fiel.

Aunque la palabra “discípulo” no se halle en las epístolas, el concepto está invariablemente presente. El término “seguir” y sus variantes, así como “caminar” y “caminos” son frecuentemente usados en las epístolas. Pablo escribe, indirectamente, acerca de seguir a Cristo: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Corintios 11.1); “...mi proceder en Cristo, de la manera que enseñé en todas partes y en todas las iglesias” (1 Corintios 4.17); “Sed, pues, imitadores de Dios...andad en amor, como también Cristo nos amó” (Efesios 5.1-2); “...andad como hijos de luz” (Efesios 5.8); “Mirad, pues, con diligencia cómo andéis” (Efesios 5.15); “...de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él” (Colosenses 2.6); “...os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús, que de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conducirlos y agrandar a Dios, así abundéis más y más” (1 Tesalonicenses 4.1).

Pedro es más directo al escribir: “...porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (1 Pedro 2.21). Y Juan escribe: “El que dice que permanece en él [en Cristo], debe andar como él anduvo” (1 Juan 2.6); “...andamos en luz...” (1 Juan 1.7); “...andamos según sus mandamientos” (2 Juan 1.6). “...mis hijos andan en la verdad” (3 Juan 4).

Pablo escribió: “...vestíos del Señor Jesucristo...” (Romanos 13.14). Él también escribió que debemos llevarnos bien con nuestros prójimos y que seamos de un mismo sentir “según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”

(Romanos 15.5-6). Pablo, de su propia experiencia, concluyó: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2.20). Él también escribe acerca de la intimidad que los cristianos deben tener con el Señor: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Filipenses 2.5); “Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas” (1 Tesalonicenses 5.5).

Las epístolas nos dan muchas referencias del discipulado. También hay muchas escrituras que se refieren al señorío de Jesucristo y a nuestra vida “en Cristo”; esto incluye el concepto del discipulado.

El arrepentimiento, la fe, el nuevo nacimiento y el discipulado

El arrepentimiento, la fe, el nuevo nacimiento y el discipulado son indispensables para la salvación. Sería fatal creer que con una sola de estas condiciones bastaría. Todas son importantes y todas están muy estrechamente interrelacionadas. El hecho de que estas cosas están relacionadas la una con la otra es obvio. Si el pecador verdaderamente cree, se arrepentirá de corazón. Y para poder arrepentirse, él debe tener fe; de otro modo, no podría hacerlo. El arrepentimiento indica que ya él ha dejado de rebelarse contra Dios. Y para este cambio de mente y espíritu se requiere el nuevo nacimiento. Al nacer de nuevo, el cristiano llega a ser un discípulo de Jesucristo.

Aunque el arrepentimiento, la fe, el nuevo nacimiento y el discipulado son conceptos distintivos, los mismos trabajan juntos para contribuir a la salvación. Y no pueden ser divididos en una serie de pasos que se dan uno a la vez. Ellos acontecen juntos, aunque en diferentes grados.

La santificación y el crecimiento son aspectos de la vida cristiana. Pero, hoy día, hay muchos que creen que la única condición indispensable para la salvación es una aprobación intelectual de fe en Cristo. Ellos malinterpretan la declaración de Pablo: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe” (Efesios 2.8; Romanos 3.28). Ellos elevan esta declaración sobre todas las demás y creen que no hay necesidad del arrepentimiento, del nuevo nacimiento ni del discipulado. Ellos dicen que la salvación es solamente por la fe. Pero la salvación es sólo por la gracia. No es sino por la gracia de Dios que nos arrepentimos, creemos en Cristo, nacemos de nuevo y llegamos a ser discípulos del Señor.

Los que malinterpretan los escritos de Pablo sobre la “justificación por la fe” no piensan en la lucha que la iglesia primitiva tuvo con el asunto de guardar la ley mosaica. Y Jesús explicó que “la ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado” (Lucas 16.16). En el Sermón del Monte, él nos enseñó que la ley ya

había cumplido su propósito (véase Mateo 5.17-18) y que ahora es reemplazada por las Buenas Nuevas del reino de Dios. Juan también nota este cambio y hace una clara distinción entre ambas: “Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1.17). En Romanos, Pablo nos explica el propósito de la ley y de la gracia. La ley estableció una norma de santidad que nadie podía guardar, para que “todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Romanos 3.19-20). La ley, no la justificación, trajo el conocimiento del pecado. Pero, ahora, los hombres podemos ser “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3.24; 3.9-31).

Muchas de las epístolas del Nuevo Testamento fueron escritas para mostrar que no era necesario que los cristianos guardaran la ley mosaica para ser salvos. Y hoy, al estudiar estos libros, nosotros debemos mantener esto en mente. El énfasis que Romanos, Gálatas y Hebreos ponen en la justificación por fe tiene que ver con la relación que el Antiguo Pacto tiene con el Nuevo Pacto (véase Romanos 3.21; 9.30-32; Gálatas 3.10-14, 23-24; Hebreos 8.13; 9.15; 10.1; Hechos 13.38-39). Este énfasis en la fe no quiere decir que el arrepentimiento, el nuevo nacimiento y el discipulado no sean indispensables. A menudo, cuando estos libros hablan de la fe, estas otras enseñanzas son consideradas como un aspecto de fe o resultados indispensables de la fe.

Y si el lector duda que el cristiano deba dejar de pecar entonces debe estudiar Romanos 6. Este libro, que trata sobre la “justificación por la fe”, tiene unas de las enseñanzas más convincentes que indican que el cristiano debe andar en “vida nueva” (Romanos 6) y no tener nada que ver con el pecado. También debe estudiar Efesios, para que vea que las buenas obras tienen su lugar, pues los cristianos “somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2.10).

6. La voluntad de Dios y su palabra escrita

La voluntad de Dios para el cristiano

Ya hemos notado que Dios desea que el cristiano sea obediente. Y la pregunta que se debería hacer es: “¿Qué mandamientos debe guardar el cristiano? ¿Cómo Dios quiere que él viva?”

Por encima de todo, la respuesta se halla en la contesta que Cristo le dio a un intérprete de la ley, el cual preguntó: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mateo 22.36-40; Lucas 10.27-28; Marcos 12.30-31; véase Deuteronomio 6.5; 10.12-13; Levítico 19.18).

Si amamos a Dios, lo demostraremos al guardar los mandamientos de Dios que su Hijo nos ha dado. Jesús les dijo a sus discípulos: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14.15). Y el apóstol Juan escribió: “En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5.2-3). El amor es el mandamiento principal, pero no el único. Los cristianos deben guardar *todos los mandamientos* que Jesucristo y sus apóstoles dieron a conocer en la Era de la Iglesia. Los mandamientos de Dios, en su gran mayoría, son expresiones de amor. Los apóstoles reconocieron que amar es sinónimo de cumplir la ley.

“No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13.8-10; Gálatas 5.14; Colosenses 3.14; Santiago 2.8).

La Biblia

Otra cosa que debemos entender es que las leyes o los mandamientos de Dios no se originan en los hombres. Es decir, nosotros no somos

quienes decidimos qué es correcto y qué es incorrecto. La fuente que decide lo que es bueno o malo es una autoridad externa, la palabra de Dios, la Biblia. Los cristianos reciben conocimiento y poder de la palabra escrita para poder vivir la vida del discipulado.

La Biblia revela la voluntad de Dios porque él la inspiró. Pablo expresó esta verdad cuando escribió: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3.16-17). La escritura es la fuente de doctrina y debe ser usada para redargüir, para corregir y para instruir en justicia.⁹ El cristiano siempre debe estar dispuesto a seguir literalmente las enseñanzas¹⁰ de la palabra tales como los temas de amar a nuestros enemigos (véase Mateo 5.38-45; Lucas 6.35), de no usar joyas y para las mujeres de usar ropa barata y modesta (véase 1 Timoteo 2.9; 1 Pedro 3.3), etc. Nunca debemos ignorar las enseñanzas de las escrituras, ya que ellas son para nuestro bienestar y complacencia. Debemos obedecer todos sus mandamientos, a pesar de nuestra opinión personal. Al obedecerlos, los entenderemos y los apreciaremos mucho más.

Otra cosa que debemos recordar es que hay dos reinos, el reino de Dios y el reino del mundo (de Satanás). El reino de Dios era el mensaje central en las enseñanzas y prédicas de Cristo. Su primer mensaje fue: “...el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1.15). Los que pertenecen a este reino tienen nuevos valores, de los cuales el Sermón del Monte (véase Mateo 5–7) es un ejemplo. Estas normas son notablemente diferentes a las normas del reino del mundo.

El reino del mundo está compuesto de los hijos del maligno (véase Mateo 13.38; Juan 8.44; 16.11) y es gobernado por Satanás (véase Efesios 2.2). El cristiano es llamado a “salir del mundo” (Juan 17.6; 18.36; Romanos 12.2; Efesios 2.2) y a no ser parte de él (Juan 15.19; 17.12-14, 16; Marcos 4.19; 8.36; 13.22). El concepto básico de los dos reinos también lo podemos ver en las epístolas. Pablo, para darnos instrucciones prácticas concerniente a la vida cristiana, introdujo la tercera sección de Romanos (capítulos 12–16). Él escribió: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12.2).

⁹ Para un estudio más a fondo sobre las escrituras, ver el libro por el mismo autor: “La Autoridad de las Escrituras”.

¹⁰ El lector debe entender que el principio del sentido común no incluye aceptar el lenguaje figurativo de modo literal.

El cristiano no debe recibir su código de conducta o sistema de valores del mundo. Ya que su entendimiento ha sido transformado al ser renovado, él no ve las cosas como el mundo las ve. Al tener la mente transformada, le es impropio buscar las directrices del mundo. Sólo al darle las espaldas al mundo y al ser transformado por la renovación de su entendimiento, él podrá comprobar la buena voluntad de Dios.

De igual manera, Pedro dijo: "...como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir [conducta]; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo" (1 Pedro 1.14-16; 2.5, 9; Romanos 12.1; Efesios 1.4; Colosenses 1.22; 3.1). La frase "no os conforméis", expresa, de modo negativo, la idea de la santidad. La meta del cristiano es ser santo porque Dios es santo.

El apóstol Juan escribió: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (1 Juan 2.15-17). Una vez más, nosotros vemos el contraste entre Dios y el mundo. Ya que los deseos y la vanagloria del mundo no son de Dios, el cristiano debe darle la espalda a estas cosas. Más bien, lo que debe hacer es buscar a Dios, amarle y hacer su voluntad.

Hacer esto es de suma importancia porque tiene la promesa de que los que hacen la voluntad de Dios vivirán para siempre. La palabra de Dios no siempre hace referencia directa a todas las situaciones que los cristianos enfrentamos. Esto no quiere decir que los cristianos no tengan nada que los guíe en tales casos, pues, ellos siempre tienen el principio del amor, es decir, "no améis al mundo", etc.

Los cristianos siempre conocerán la voluntad de Dios, porque ellos andan "en el Espíritu, y no satisfa[cen] los deseos de la carne" (Gálatas 5.16). El Espíritu Santo lucha contra la carne y motiva al cristiano a no seguir sus obras. Pablo escribió que las obras de la carne son: "adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes" (Gálatas 5.19-21). Los cristianos no deben tener nada que ver con tales prácticas pecaminosas. Los cristianos disfrutaban del fruto del Espíritu Santo en sus vidas, lo cual incluye: "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5.22-23). Y Pablo concluye: "Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu" (Gálatas 5.25).

Los hermanos que andan en la santidad de Dios se abstienen de las obras de la carne y andan por el Espíritu Santo.

También debemos recordar que los líderes de la iglesia y los demás hermanos nos pueden ayudar a entender los principios bíblicos y a escoger lo correcto en cada situación. Tanto la hermandad como los ancianos pueden compartir sus ideas y experiencias en cada situación.

Resumen

Los cristianos deben seguir a Dios por amor y con toda naturalidad. Todos los que crean en Cristo y entiendan su amor para con ellos terminarán amándole. Jesús dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14.15). Él prometió enviarles un Consolador, el Espíritu Santo, para que los guiara y les enseñara. Jesús explicó:

“El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” (Juan 14.21-24).

Jesús espera que los que le aman guarden su palabra. Y los que creen en él y guardan sus mandamientos producen frutos: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. ... Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Juan 15.1, 11). El fruto de la obediencia nace en la vida del creyente en Cristo, lo cual da gloria a Dios y gozo tanto a Cristo como al creyente.

7. Ven y sigue

La redención que Cristo nos ha traído está disponible para todos los que estén dispuestos a creer, arrepentirse, obedecer y seguirle como discípulos suyos. Todo esto es indispensable para poder recibir la vida eterna. Nadie debe pensar que la fe por sí sola basta. La fe no anula las enseñanzas de Cristo sobre el arrepentimiento, el nuevo nacimiento y el discipulado.

Cristo dijo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11.28-30). Esta promesa sigue vigente para hoy. Los que le buscan descubrirán que tenemos acceso al arrepentimiento, al nuevo nacimiento y al discipulado sólo por la pura gracia de Dios. Por otra parte, todos debemos recordar que: “...muchos son llamados, y pocos escogidos” (Mateo 22.14). Muchos dejan de entrar “por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7.13-14; Lucas 13.23-24). Dios está dispuesto a justificar (declarar que el pecador es justo) a todo aquél que acepte a Jesús por medio de su gracia.

Lee la Biblia

En este estudio hemos procurado mostrar cómo la gracia de Dios ha hecho posible el poder para alcanzar la redención por medio de su Hijo, Jesucristo. Al lector se le anima a que se dirija a la Biblia y escudriñe sus páginas para que pueda entender lo que ella enseña sobre la redención y sobre la voluntad de Dios para la vida de toda persona. El lector querrá iniciar un programa de estudio bíblico, comenzando con los evangelios, especialmente Mateo y Juan. Siempre debemos leer y estudiar la Biblia. Para poder aprender de Dios y de su plan para nosotros, debemos leer, leer y leer las escrituras. Sólo así podremos ver por nosotros mismos lo que las mismas enseñan.

Si estudiamos la palabra de Dios con toda sinceridad y en humilde oración, hallaremos la verdad. Y también encontraremos el llamado de Dios a vivir una vida santa.

¡SOLI DEO GLORIA!

Leland M. Haines, junio de 2004

